



Dr. Oswaldo Chacón Rojas

RECTOR

Mtra. María del Carmen Vázquez Velasco

SECRETARIA GENERAL

Mtra. Mónica Guillén Sánchez

SECRETARIA DE IDENTIDAD
Y RESPONSABILIDAD UNIVERSITARIA

Mtro. Gabriel Velázquez

DIRECTOR EDITORIAL

La helada en las montañas

La helada en las montañas, de Sergio Omar Pérez Méndez, fue editada e impresa por la Benemérita Universidad Autónoma de Chiapas; ingresó a proceso en la segunda convocatoria "50 para el 50", 2025 y fue dictaminada por el método de doble ciego.

Dirección editorial: Gabriel Velázquez Toledo

Edición, corrección de estilo, diseño

de interiores y cubierta: José Urióstegui

1a. edición 2026

ISBN (Voces que cuentan): 978-607-561-197-6

ISBN (volumen):

D. R. © SERGIO OMAR PÉREZ MÉNDEZ

D. R. © BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CHIAPAS



Boulevard Belisario Domínguez km 1081, sin número, Terán, C, P. 29050, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, miembro 3932 de la Cámara Nacional de la Industria Editorial; de la Red Nacional de Editoriales Universitarias y Académicos de México, ALTEXTO, y de la Asociación de Editoriales Universitarias de América Latina y el Caribe, EULAC.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa de los titulares del derecho, la reproducción total o parcial de esta obra, y su utilización para entrenar y alimentar sistemas de inteligencia artificial. El diseño y composición de interiores y cubierta son propiedad de la Benemérita Universidad Autónoma de Chiapas. Editada e impresa en México / Edited and printed in Mexico.

La helada en las montañas

Sergio Méndez

Voces que cuentan 16



COLECCIÓN
VOCES QUE
CUENTAN 

Contenido

I. Muerte en la noche tormentosa	5
II. Retorno al refugio	23
III. La decisión del jefe	41
IV. Los dos caminos	49
V. La reunión de manadas	71
VI. Las bestias y un extraño	85
VII. Aquella noche	99
VIII. El llamado	119
IX. El lobo y el coyote	141
X. Aullidos en la helada	155

I

Muerte en la noche tormentosa

Taív observaba alerta hacia el bosque, mientras el viento frío movía su pelaje cenizo. Percibió el aroma de un coyote, levantó sus orejas, moviéndolas para oír a detalle. Miró hacia Akubal, el lobo negro que hacía de centinela esa noche, para saber si también lo sentía, pero aquel cabeceaba detrás de unos matorrales de junco sin percatarse del olor extraño.

Taív estaba por levantarse pero vio al plateado y enorme líder Ajval, incorporándose con su gran tamaño. El resto de los lobos dormía, exhaustos, en lo alto del risco. Taív escondió su hocico entre las patas fingiendo dormir, sin perder de vista el lomo gris del jefe. Lo vio pararse frente a la fila de abetos y olfatear el aire cargado de aromas. Sin duda percibieron lo mismo. En el rumor de la noche, entre los resoplidos de la familia, y los grillos y ranas, Taív escuchó el mudo golpeteo de unas patas sobre la tierra y vio la sombra furtiva

del coyote pasar entre los árboles. Ajval se sentó a unos metros de Akubal, que cabeceaba por el sueño hasta que su cabeza colgó sobre su pecho, dormido. El líder no se movió ni lo despertó. Taív creyó que se había levantado para relevarlo.

Aquel día, tras cazar un venado, Akubal y Taív fueron emboscados por un oso y tuvieron una feroz pelea, pero sólo lograron rescatar lo suficiente para alimentar a los dos cachorros. Quedaron cansados, golpeados y hambrientos, pero a diferencia del centinela, Taív no pudo dormir porque percibía algo extraño.

Ajval se levantó con la cola en alto y las orejas erguidas. Taív al verlo alzó el hocico preocupado. Además del coyote olfateaba a otros lobos. No supo si debía ir con el jefe y despertar a los demás o permanecer en su sitio. Esperó. Nubes de lluvia llenaban rápidamente el cielo estrellado, el aire se cargó de electricidad y en sus patas sintió un leve temblor. Se levantó con prisa al ver a Ajval ir adelante, luego regresar y dar un par de vueltas en su mismo lugar. Alcanzó a escuchar cómo su jefe gruñía, acompañado del silbido de vientos acercándose desde el sur.

El pelaje de Taív se erizó y clavó sus garras en el suelo blando, al sentir cómo se intensificaba

el aroma de los forasteros. Vio pasar la silueta del coyote y se contuvo para no ir atrás él. Ajval no se interesaba por aquel animal; se quedó inmóvil, con la mirada fija en los árboles y mostrando los colmillos.

El lobo cenizo iba a ir con su jefe cuando escuchó el chillido lastimero de uno de los cachorros. Vio a un lobo llevándose al pequeño, agiéndolo con violencia. Taív aulló para alertar a la manada, quiso rescatar al cachorro pero vio a más enemigos salir de entre los juncos, cargando contra Ajval y Akubal.

Akubal escuchó el aullido y al abrir los ojos vio a dos lobos atacando a Ajval y a otros yendo contra él mismo. Taív interceptó a uno, pero el otro apresó a Akubal del cuello. En la confusión, el lobo negro intentó liberarse y de pronto sintió que algo chocaba contra ellos, haciéndolo caer de panza. Una loba blanca tenía al enemigo contra el piso, aunque intercambiaban algunas mordidas. Akubal se recompuso para apoyarla y juntos derrotaron al lobo.

Observó a su alrededor, todo era un caos, gruñidos, chillidos, siluetas en escaramuza; además, la lluvia se soltó furiosa haciendo más confusa la batalla.

Al mismo tiempo, Taív se quitaba a su oponente y vio como Ajval era arrastrado a los abetos por los intrusos. Corría en su ayuda cuando desde lo profundo del bosque escuchó un aullido ronco. Los atacantes se retiraron tan rápido como llegaron. Un lobo tuerto alcanzó a ver cómo el cenizo desaparecía entre los árboles, detrás de los enemigos, pero no lo siguió.

Con los colmillos llenos de saliva, Akubal se acercó al cuerpo de Mebil, la hembra alfa, que yacía en el suelo; la olfateó y movió pero estaba muerta, entonces aulló para reunir a la familia. Todos se acercaron jadeantes, vieron con horror el cuerpo inerte, y además el jefe no estaba.

—¿Quiénes faltan? —preguntó Akubal.

—Sak y Jalal murieron —dijo uno.

—Uno de los cachorros no está y el otro ha muerto —dijo otro.

—Taív ha desaparecido —añadió un tercero. Taív corría con todas sus fuerzas y después de un rato alcanzó a Ajval en el bosque.

—¿Qué haces aquí? —dijo el líder—. Regresa.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Taív.

—Los mataré a todos—respondió Ajval—. Si no lo hago ellos volverán. Debo hacerlo ahora que están débiles.

—Iré contigo. Los demás nos alcanzarán después.

Ajval quiso negarse, pero no dijo nada. Taív era fuerte y le daba seguridad.

A pesar de los perfumes que la lluvia levantaba, Taív percibía el aroma de aquellos lobos, les llevaban ventaja pero sabía que podían alcanzarlos. Sin embargo, se percató de que Ajval, aunque corría con todas sus fuerzas, lo hacía más y más lento. Olió la sangre de su líder, estaba herido, pero no tenía la certeza de la gravedad. Él no estaba mejor, estaba cansado además de levemente herido. Mientras se movían entre los árboles, vio la sombra del coyote que corría a la par de ellos. Pero no podía preocuparse por eso ahora, debían alcanzar a los lobos.

Llegaron al cauce de un río y bajaron el ritmo; el rastro los llevaba a la orilla.

—¿Quiénes son? —susurró Taív mientras olfateaba el suelo rocoso.

—Lobos sin territorio. Llevaban tiempo siguiéndonos —respondió Ajval—. Su líder es Tok. Fuimos parte de la misma manada cuando éramos cachorros.

Un rayo iluminó un instante el bosque. La lluvia levantó una ligera bruma que esparció los aromas de los perseguidos. Ambos levantaron el

hocico en distintas direcciones; el rastro los llevaba por la misma ruta.

—Las noches de lluvia no son buenas para una batalla —dijo Taív—. Tuvieron suerte.

—Sólo debemos vencer a Tok y los demás se irán —dijo Ajval.

—¿Cómo sabré quién es?

—Lo reconocerás, es el más grande y el único de pelaje blanco.

Taív escuchó un leve chapoteo a sus espaldas. “El coyote”, pensó.

—Si yo muero, serás un buen líder —las palabras de Ajval sorprendieron a Taív.

—No pienses en eso ahora —dijo Taív—. Además, hay otros mejores.

—Confío en ti —dijo el líder y al mirarlo, lo recordó cuando cachorro jugaba con su hermano Akubal.

El cenizo vio en la mirada de su jefe que éste presagiaba algo malo; no quiso imaginar en qué pensaba, pero a pesar de eso, un temor lo invadió. Un viento filoso le atravesó el pelaje y la lluvia lo golpeaba con fuerza. El aroma de los invasores se volvió fuerte, estaban cerca. Ajval y Taív dejaron el cauce del río para entrar sigilosos a unas zarzas espesas; acurrucados se arrastraron y observaron.

Al lado de una roca en forma de tortuga estaban los lobos de Tok.

Taív buscó al líder. El pelo se le erizó al reconocerlo y percibió el sabor a sangre. Detrás de dos lobos que bebían en el río, estaba el lobo blanco, con una V plateada en el pecho que le daba la apariencia de un espíritu del bosque. Éste alzó la vista hacia la copa de un abeto, como buscando la luna detrás de las nubes; tenía el hocico herido y su nariz se movía nerviosamente. El viento estaba a favor de Ajval y Taív. Ambos cruzaron miradas, tenían la misma idea en mente; un nuevo relámpago apareció y cuando el trueno llegó, los lobos se lanzaron feroces contra Tok al mismo tiempo.

De los dieciséis lobos que conformaban la manada de Ajval, Mebil, la hembra alfa, dos machos jóvenes y un cachorro habían muerto en el ataque. El otro cachorro seguía desaparecido, al igual que Ajval y Taív. Ese fue el recuento de Akubal mientras veía a lo lejos el cuerpo inerte de uno de los atacantes, el mismo que había derrotado con la loba blanca Meyel. Desde ahí venía a su encuentro el lobo tuerto, de pelaje totalmente negro, salvo por una franja canosa en el lomo; su imagen era amenazante.

—¿Por qué no avisaste con tiempo? —reclamó al centinela.

—Es increíble que nos tomaran por sorpresa —dijo Kajvel, de pelaje pardo, mientras se lamía una herida en la pata izquierda.

Akubal bajó la cabeza resoplando sobre el césped. Le dolía el cuello y le ardían las heridas. No quiso admitir que por quedarse dormido no sintió la llegada de los atacantes.

—No debemos culpar a Akubal —dijo Krem, un lobo canoso de voz cansada y mirada grisácea; su pelo alrededor del hocico era blanco opaco, era el más anciano—. Son lobos hábiles. Deben estar acostumbrados a actuar así, saben cómo y cuándo atacar. Aunque todos hubiéramos estado alertas habría sido lo mismo, estaban al acecho.

—¿Qué haremos? —dijo Kajvel.

La loba áurea que salvó a Akubal en la batalla, se acercó a éste para olfatearle el cuello. Él observó sus ojos, uno verde, el otro azul, y se apartó. Dos lobos que habían salido a buscar a los miembros perdidos volvían desde el bosque. Uno de ellos traía al cachorro inerte. Lo puso en el suelo junto a los cuerpos de la hembra alfa y de su hermano muerto.

—¿Encontraron algo? —preguntó el lobo anciano.

El que llegó con el cachorro negó con la cabeza.

—Hay un rastro débil que va hacia el río —dijo la otra, una loba gris con parches rojizos en la cola y la nariz.

—Lo seguiré —dijo Akubal.

—Yo también iré —dijo el lobo tuerto—. Kajvel, ven también.

El lobo pardo se unió a ellos. Al ver eso, Meyel también quiso ir.

—Con ustedes será suficiente —dijo el lobo anciano—. Nosotros nos quedaremos aquí a cuidar a los heridos. Vuelvan con Ajval y Taív.

El tuerto gruñó.

—No creo que Taív vuelva —dijo mientras se alejaba hacia el bosque.

Los otros tres lo siguieron.

Akubal estaba adolorido y sin fuerza suficiente, iba al último en la fila y le costaba seguir el ritmo que imponía el lobo tuerto. La lluvia no amainaba y el rastro era débil, además el viento confundía todo, pero llegaron al río. Ahí, Akubal aulló para detener al grupo. Meyel y Kajvel se detuvieron casi al instante, sin embargo, el tuerto continuó avanzando. Cuando olfateó a los enemigos se detuvo y gruñó.

—¿Lo sientes? —preguntó el tuerto a Akubal.

—Sí, son los mismos lobos —dijo Akubal—. También puedo oler a Ajval y Taív.

Akubal avanzó despacio, los otros lo siguieron de cerca. Llegaron hasta el zarzal impregnado del aroma de sus familiares. Al otro lado del cauce vieron la roca con forma de tortuga. Un torbellino de lluvia y viento alejó el aroma de un cuerpo. Al acercarse vieron la mitad de un lobo sumergido en el agua.

—¡Ajval! —gritó espantada la loba blanca—. ¿Está muerto?

La lluvia había amainado hasta una llovizna ligera. El grupo llegó hasta el cuerpo de su líder. Lo olisquearon para revisar su estado, expulsando el vaho de su aliento con resoplidos de pena. Le lamieron las terribles heridas en todo su cuerpo y cuando se dieron cuenta que no podían hacer nada aullaron tristes a las nubes. Akubal revisó el lugar y encontró la marca de sus enemigos y la de Taív...

—Se alejan —dijo el tuerto.

El pardo y la blanca también olfatearon.

—Hay otro olor —dijo Kajvel

—Un coyote —dijo Meyel—. Quizá quería rematarlo.

—¿Qué importa? ¡Debemos cazar a los lobos!
—exclamó el tuerto, y se perdió en la arboleda al lado de una pared rocosa.

Los otros tres le siguieron hasta donde los abetos cedían terreno a un bosque de robles y encinos. Bajaron el paso y Akubal se detuvo.

—El rastro va al territorio de Elgor —dijo la loba blanca.

—No le gustará que entremos en su bosque —dijo Kajvel, el pardo.

—¡No sean cobardes! —reprochó el tuerto—. ¿Quieren que escapen?

—Tranquilo, Ikalmol —dijo Akubal—. No sabemos si Elgor puede estar aliado con ellos. Podríamos caer en una trampa. De cualquier forma, nos llevan mucha ventaja, y si los alcanzamos nos derrotarán fácilmente.

Ikalmol gruñó.

—¿Dejaremos a Taív? —dijo Kajvel—. ¿Habrá ido tras ellos?

—Conoce bien nuestro territorio —respondió el tuerto—. Sabe lo que hace.

Kajvel y Meyel parecían confundidos con las palabras de Ikalmol. Akubal percibió rencor, pero se mantuvo en silencio. Echó a andar de vuelta hasta el cuerpo de Ajval. El tuerto fue el último

en seguirlo; le hervía la sangre por perseguir a sus enemigos, pero sabía que de ir solo sería una presa fácil.

Los lobos se reunieron alrededor del cuerpo. La llovizna cesó por completo y las nubes comenzaron a liberar la luna; el viento pasaba a través de los árboles, alguna hoja que llegaba junto a otras al suelo. Akubal mordió la piel de su líder y lo sacó del río para ponerlo cerca de la pared de roca húmeda. Ikalmol se le acercó, mirándolo fijamente con su único ojo resplandeciente. Akubal desvió su mirada y lanzó un nuevo aullido, más solemne pero cargado de la misma tristeza que el anterior. Kajvel y Meyel acompañaron el lamento e Ikalmol se les unió finalmente. Cuando la luna se reveló en su totalidad escucharon el aullido lejano del resto de la manada e incluso el de otros más allá. Estuvieron así un largo rato hasta que el rumor del bosque volvió.

—Regresemos con los demás —dijo Akubal.

—¿Qué pasará con Taív? —preguntó la loba blanca—. Puede estar herido.

—Él nos traicionó —se adelantó Ikalmol, antes de que Akubal respondiera.

—No podemos asegurarlo —dijo Akubal—. Pero antes de hacer algo debemos volver con los demás.

Con pesadez cruzó el río. Los demás lo siguieron, como si no quisieran dejar a su líder. Los lobos avanzaron cabizbajos y a paso lerdo.

Cuando llegaron a su guarida el cielo estaba despejado y la luna iluminaba con claridad. Al verlos llegar, el resto de la manada se les reunió con gimoteos, habían escuchado el lamento en la lejanía y sabían lo ocurrido. Ikalmol se adelantó a confirmar la noticia de la muerte de Ajval. Ni uno sólo se atrevió a romper el pesado silencio, miraban los cuerpos de los caídos, olfateaban el aire como si buscaran algo y gimoteaban.

El más anciano se abrió paso.

—No podemos llorarlo por siempre —dijo—. Ahora somos vulnerables. Debemos elegir a un nuevo líder.

Ikalmol avanzó hasta quedar frente al anciano.

—Por jerarquía, yo debo serlo —dijo.

Los demás lobos se miraron con cierta preocupación y murmuraron entre sí.

—Todos deben estar de acuerdo —dijo el anciano.

Nadie se atrevió a avanzar. No estaban seguros de querer al lobo tuerto como líder, pero el miedo que les infundía era tan fuerte como para no atreverse a contradecirlo. La loba blanca se puso detrás

de Akubal y le mordió la pata trasera haciendo que saltara hasta donde estaba Ikalmol. El tuerto lo volvió a mirar, con el ojo refulgente y sin mediar palabra, mostró los colmillos.

—Se decidirá entre ustedes, si no hay nadie más —dijo el anciano.

Ikalmol temía que el atrevimiento de Akubal animara a los demás, y antes de que algún otro avanzara gruñó con fuerza y lanzó dentelladas. Su contrincante, confundido por lo que pasaba, esquivó por instinto cada ataque del tuerto, su juventud le daba ventaja en agilidad y velocidad; pero no quería atacarlo, sólo saltaba atrás. Ambos se miraron. En el único ojo de Ikalmol se mostró una ferocidad que Akubal sólo veía cuando cazaban. Ikalmol se lanzó al ataque otra vez, se levantó en dos patas para impulsarse y dar zarpazos y mordidas más rápidas y fuertes. En un momento logró encajar los dientes en una herida abierta de Akubal y éste reaccionó sin pensar, con una mordida en el cuello del tuerto quien con un chillido cayó al suelo. Estuvieron así un rato hasta que Akubal lo soltó y se alejó un poco. Ikalmol se levantó con la mirada encendida y babeando, el murmullo de los lobos a su alrededor lo distrajo; vio a todos con ánimos por el ataque que había sufrido. Entonces relajó el hocico y agachó la cabeza.

—Tenemos un nuevo líder —dijo el anciano y todos los lobos, con excepción del tuerto, aullaron alegres.

Akubal jadeaba. No podía entender cómo pasó todo. Los demás se acercaron para olfatearle el hocico.

—Ahora, ¿qué sigue? —dijo una loba, rompiendo las felicitaciones.

—Buscaremos a los asesinos —afirmó otro.

—¿Y a Taív? —indagó uno más.

Todos miraron con atención a Akubal.

—Taív nos traicionó —dijo Ikalmol, echado, de espaldas a los demás.

—¿Es cierto? —preguntó uno.

—No lo sabemos —dijo Akubal.

—Lo vi alejarse con los enemigos cuando dieron su señal de retirada —dijo Ikalmol—. Encontramos su rastro donde murió Ajval y nunca nos llamó para avisarnos. Que esté vivo y se fuera con los asesinos lo confirma.

—Pudo aliarse con Elgor —añadió el lobo pardo.

Ante eso, los murmullos en la manada se intensificaron. Akubal sentía la presión de los lobos y no se atrevía a mirar a nadie, sin embargo, sí miró al anciano. Él lo miraba con ojos serenos. El cielo

comenzaba a aclarar, pronto amanecería. Se sintió algo más calmado.

—No haremos nada —dijo. Más de uno susurró, incrédulo, pero el anciano parecía conforme con la decisión—. La prioridad es cuidarnos. Krem lo dijo antes, ahora somos vulnerables. Este lugar ya no es seguro para nosotros, por eso volveremos a nuestro antiguo refugio. Cuando lleguemos, veremos qué sucede. Partiremos ahora mismo, el camino es largo y mientras más rápido avancemos más seguros estaremos.

Algunos no parecieron conformes, pero ninguno le recriminó nada. El sol ya se asomaba en las montañas y la luz grisácea de la mañana los iluminó. Formaron una fila, con los más viejos al frente, de ahí los jóvenes seguidos por las hembras y al final Akubal. El nuevo líder miró a sus espaldas para ver los cuerpos que dejaba atrás. Alzó la mirada al cielo donde unas nubes rezagadas se alejaban. Al internarse en el bosque miró a uno y otro lado, olfateó el suelo y el aire. Sus orejas se movían atento a cualquier sonido, esperaba encontrar el aullido lejano o un pequeño indicio de Taív. Pese a la convicción de Ikalmol, él no podía pensar en una traición y esperaba que volviera para aclarar todo. Pero además temía un nuevo ataque mien-

tras avanzaban y no estaba seguro de si podría cumplir con su nuevo rol en la manada, a pesar de esto, comenzó el viaje guiando a sus lobos hacia su viejo hogar.

II

Retorno al refugio

Akubal detuvo a la manada frente al cauce de un arroyo. Los lobos bebieron con avidez, se sacudieron el pelaje; unos se restregaron entre las ramas de unos pequeños cipreses en la orilla y luego se tendieron entre la alta hierba. Después de saciar su sed y dejarlos reposar unos momentos, el nuevo líder pasó entre todos, olisqueándolos. Eligió a cinco, estos se levantaron y se reunieron con él a cierta distancia del resto.

—Debemos tener cuidado de que nadie nos siga —dijo Akubal—. Antes de llegar revisaremos los alrededores. Meyel —dijo a la loba blanca de ojos de diferentes colores—, ve al sur, pero no te acerques mucho a nuestro antiguo refugio. Ikalmol irá al este —el tuerto sonrió al saber que estaría cerca del territorio de Elgor. Sin decir nada asintió—. Kajvel, al oeste —dijo al lobo pardo—. Si se encuentran con otros lobos, no deben pelear. Sólo observen y regresen.

Los tres asintieron y salieron en diferentes direcciones. Junto a Akubal quedaron los dos restantes, los mismos que habían ido a inspeccionar luego del ataque de los invasores.

—Aníl, Tsatsal. Adelántense a nuestro nuevo refugio. Iremos detrás de ustedes. Tampoco deben pelear si encuentran problemas. Estaré atento a su señal, sólo entonces llevaré a los demás hasta ahí.

Luego de la partida de éstos últimos, Akubal volvió al arroyo para beber. En ese momento Krem, el lobo anciano, se acercó. Puso el hocico cerca del agua pero no bebió.

—¿Piensas que nos van a atacar?

Akubal dejó de beber y alzó la vista a unos árboles secos del otro lado.

—Tal vez. Dependerá de lo que encuentren.

—Aníl y Tsatsal son los más rápidos de la manada. ¿No era mejor que ellos acompañaran a Meyel?

Akubal se giró hacia la manada.

—También creo eso, y confío en ellos. Sólo intento ser cuidadoso.

Akubal llegó con los demás. Krem bebió, sintió fría el agua. Pensó en las palabras de su líder y luego volvió con los otros. Todos estaban de pie. Akubal lo veía con ojos que ocultaban algo. Ordenó

que siguieran hasta su destino. Después de andar por un valle de altos juncos, ascendieron por una escarpada colina de roca filosa. Estaban cansados y heridos, pero ninguno se quejó. Hasta el final de aquella faena se alegraron al ver más adelante el principio de un bosque, donde el terreno se volvía suave y húmedo.

Atardecía cuando se internaron entre tupidos robles y encinos de gruesos troncos. Sus altas copas oscurecían parcialmente el camino. Akubal los acercó a un nuevo afluente, entusiastas los lobos se acercaron pero el agua estaba tan helada que casi no bebieron. Ahí estuvieron sin echarse, esperaban que el líder les ordenara continuar, pero aquel se mantenía con las orejas girando y el hocico en alto. Sólo después de un rato aulló largo y profundo; algunos sintieron el impulso de acompañarlo, pero al final nadie lo hizo. Después de un rato escuchando el croar de los sapos, un aullido amigable contestó desde más adelante. Entonces Akubal les permitió continuar.

Hacia el ocaso llegaron al final de la arboleda, en donde se elevaba una colina de césped suave, protegida en su espalda por dos altas paredes de roca. La mayor parte de la manada ya conocía el lugar, pero se sorprendieron al verlo otra vez, luego de

mucho tiempo de ausencia. En la cima de la colina estaba Aníl, la loba de cola rojiza, esperándolos. Al llegar hasta ella, algunos se recostaron en el suelo y bostezaron, otros entraron a una cueva al fondo, formada por la unión de las dos paredes, Aníl les mencionó que el interior era seguro.

—¿Y Tsatsal? —preguntó Akubal.

—Encontramos un rastro viejo de osos —dijo Aníl—. No vimos peligro, parece que hace mucho se fueron, pero quiso revisar las cercanías para que estemos seguros.

Akubal asintió, olfateó el aire, el aroma de oso era apenas perceptible. Recorrió toda la colina. Primero echó un vistazo a la recámara interior de la cueva. A pesar de la oscuridad pudo observar el gran espacio, toda la manada podía estar adentro sin problema. Recordó que al fondo había una abertura que conducía al exterior, detrás de la pared montañosa, y que en otro tiempo les sirvió como vía de escape ante el ataque de una familia de osos. Esperaba no tener que usarla otra vez. Luego salió, de un lado u otro podía percibir todo lo que sucedía en el bosque debajo. A la derecha escuchaba el río. Fue a la izquierda, en donde había una saliente rocosa que servía como plataforma; desde ahí pudo ver más allá de los árboles. Justo

Tsatsal se acercaba. Akubal volvió junto a Aníl, quien estaba echada, bostezando y ahí esperó.

Después de un rato Tsatsal llegó, jadeante.

—Todo está tranquilo —dijo—. El rastro se aleja más allá del territorio de Elgor. Los osos no volverán, al menos esta temporada.

El recién llegado se recostó al lado de Aníl. La noche avanzó y ambos se retiraron a la cueva. Los que estaban afuera también se iban metiendo conforme el cuerpo los obligaba a descansar. Al final, Akubal fue el único que quedó vigilando, esperando a los demás.

El de Kajvel fue el primer aroma que percibió. Akubal se levantó, pero la espera fue tediosa. El pardo llegó con la lengua fuera y le tomó un tiempo recobrar el aliento. A pesar de su impaciencia, el líder esperó, sin una palabra.

—Todo el camino estuvo muy tranquilo —dijo Kajvel.

Akubal se acercó para olfatearle el hocico. Percibió un aroma a sangre, pero no era de lobo, sino de liebre. Se había entretenido comiendo.

—Está bien. Ve a descansar —dijo Akubal.

Aunque el tono no fue severo, Kajvel lo sintió como una reprimenda. No se quejó; quería quedarse afuera un poco más pero no se atrevió a ir contra

las órdenes. Una vez encontró un lugar acogedor en la cueva, no tardó mucho en quedarse dormido, con las patas boca arriba.

La luna ya estaba en lo más alto del cielo cuando Akubal se percató de la llegada de Meyel; sus ojos resplandecían como luciérnagas cuando se acercó a la cima de la colina. Su trote era lento, como si se cuidara de acercarse. El líder la recibió agitando la cola de un lado a otro. Al verlo solo, la loba blanca también agitó la cola y se olfatearon los hocicos.

—Encontré algo —dijo Meyel, tan tenue que Akubal apenas pudo distinguir—. Lo encontré.

Akubal entendió que la loba no quería que alguien escuchara su noticia, por eso la llevó hasta la plataforma. Ahí podrían platicar tranquilos sin perder atención a lo que sucedía a su alrededor.

—Aquí nadie nos escuchará. ¿Qué pasó?

—Encontré el rastro de Taív —comenzó Meyel aún con voz suave. Akubal paró las orejas—. En realidad él me encontró a mí. Cuando llegué al refugio todo parecía igual; no quise acercarme a los cuerpos porque los zopilotes ya estaban en su labor. Estaba de regreso cuando me detuve a beber, aunque no llegué hasta donde encontramos a Ajval. Fue una ventisca lo que me alertó, en ese momento percibí su olor, era un poco diferente pero era él.

«Me quedé ahí un rato, esperándolo. Al principio el olor era débil pero se acercaba. Como no podía distinguirlo bien, caminé hacia donde creí que estaba, además quería tener el viento a mi favor para que no me sorprendiera, aunque procuré ponerme en un buen sitio para que Taív percibiera mi olor. Pero el rastro dejó de acercarse y tomó un rumbo diferente.

»Esperé un rato, pero no parecía acercarse. Busqué por los alrededores. No encontré nada. Entonces tomé el camino de vuelta. A la mitad del camino sentí otra vez su olor, estaba tan cerca; creí que me alcanzaría. Me detuve y lo escuché moverse entre las hojas, esperé a que apareciera pero no se mostró. Eso me confundió y pensé que sería un enemigo. Ahí recordé tus órdenes de no entrar en batalla.

»Aunque se escondía, oía sus pisadas, iba y venía. No parecía el mismo Taív, era descuidado, asustaba a los animales cerca y se ocultaba en puntos donde el viento esparcía su aroma a todos lados. Me agazapé de espaldas a un árbol, entre unos matorrales.

»En el aire sólo estaba su aroma. Era Taív, no tenía dudas pero no se mostraba. No supe qué hacer. Debía regresar o esperar y encararlo. En-

tonces pensé que sería mejor traerlo hasta aquí sin decirle nada. Salí de mi escondite y di un rodeo para dejar que mi aroma se esparciera. Luego corrí de regreso. Dio resultado, lo sentí correr cerca de mí, pero sin acercarse demasiado. Además, en largos trechos perdía su rastro y tenía que detenerme un momento para que volviera a encontrarme. Así estuvimos hasta que llegué a este bosque. Su rastro se alejó y aunque lo esperé mucho rato ya no se acercó. No quise quedarme más tiempo y decidí venir a decírtelo

»No sé si dejarlo seguirme estuvo bien, no sé por qué no quiso mostrarse. Muchos piensan que es un traidor. Pero mi instinto me dice que se equivocan. Él estuvo ahí, sabe qué pasó».

Akubal escuchó con atención. Una vez Meyel guardó silencio alzó la nariz húmeda mientras una brisa le movió el pelaje.

—No siento su presencia, pero confío en ti —dijo—. Taív es muy hábil, su descuido fue a propósito, con qué intención, no lo sé. Él vendrá, debemos estar listos para cuando llegue.

Esa afirmación alertó a Meyel.

—Es nuestra oportunidad para saber qué pasó —dijo.

Akubal observaba el bosque. La forma en que Meyel dijo aquello le resultó curioso. Al ver sus ojos dubitativos y sus orejas caídas, le sonrió.

—Tranquila —dijo—. Esperaré aquí toda la noche, no dejaré que nadie lo vea antes que yo. Hiciste un buen trabajo, ve a descansar.

—Está bien —dijo Meyel. Incluyó la cabeza y se dirigió al interior del refugio. Estaba agotada. Una vez adentro de la cueva olfateó a todos, quería asegurarse que estuvieran dormidos. Se tumbó con el hocico entre las patas, sin cerrar los ojos. Desde ahí tenía clara visión del resto de la manada, quería estar despierta y vigilarlos. No obstante su deseo, el cansancio fue más fuerte y luego de un momento se quedó dormida.

El cielo tenía un tono azul claro, estaba por amanecer. Hasta ese momento Akubal percibió el aroma de Ikalmol. Se acercaba con tanta tranquilidad que le fue desesperante. Estaba de pie, con la mirada helada; tenía los músculos tensos pero se mantuvo tranquilo cuando el lobo negro salió de entre los árboles, justo cuando los primeros rayos del sol se vieron en el horizonte. El tuerto subió con paso parsimonioso, miraba al líder con ojos retadores. Cuando se tuvieron a unos centímetros, dijo:

—Nada de qué preocuparse, todo está tranquilo.

—¿Tuviste algún problema? —dijo Akubal—. Tardaste mucho.

—Ninguno —dijo Ikalmol con una sonrisa—. El territorio es muy grande, pero no hay indicios de otros clanes cerca de nuestros límites.

—Está bien. Te esforzaste mucho. Te ves agotado

Akubal no mencionó el olor de otros lobos en su pelaje ni las heridas sutiles que antes no tenía. Tampoco mencionó las espinas ni ramitas en su pelaje, como si se hubiera revolcado en una pelea o entre matorrales para ocultar algo. Ikalmol simplemente gruñó con desdén.

—No hay nada sospechoso —dijo—. Nada que valga la pena informar.

No dijeron nada más. Akubal, a pesar de sus sospechas se sintió aliviado. Un poco de calma por ahora era bueno. El sol ya se mostraba a mitad de su esplendor. Dejó que la manada descansara un poco más antes de mandar a algunos a cazar. Había percibido en su velada el aroma de pecaríes, pero oía en ese momento un grupo de venados. En ese lugar había abundante caza, no pasarían hambre y recuperarían fuerzas rápido. Por su parte, Ikalmol

llegó al interior de la cueva; todos dormían. Olfateó el lugar y le resultó curioso el olor de Meyel, se le acercó y la olió cuidadosamente. Al final con un resoplido se fue a tender frente a ella.

Taív despertó cuando sintió cosquillas en el hocico. Una lagartija lo miró a los ojos y después siguió su camino tranquilamente. El sol estaba alto en el cielo, pero lo protegía la sombra de un fresno amarillento. Lo último que recordaba era la batalla con los invasores. No sabía en dónde estaba exactamente ni cómo llegó hasta ahí, pero reconoció que estaba lejos de su territorio. Levantó la mitad superior de su cuerpo con esfuerzo, le dolían los músculos y las heridas ardían; se olisqueó las cercanas y lamió algunas, ya no sangraba pero estaba débil. A pesar de eso se incorporó, la vista la tenía nublada y su hocico sabía a sangre. Caminó sin rumbo en particular sólo dejando que su instinto lo llevara a un lugar que reconociera.

Al borde de una fila de robles encontró la marca de su manada y hacia el mediodía llegó hasta el río. Buscó a Ajval en la roca con forma de tortuga. Lo encontró lejos de donde lo recordaba. Olfateó el cuerpo cubierto de hojas e insectos; sintió el rastro de Akubal y los demás. Recordó haberlos llamado

cuando Ajval cayó; se lamentó de que no hubiesen llegado a tiempo para ayudarlo. Quiso aullar, pero tenía el hocico seco y estaba casi afónico; un sonido sordo fue lo único que pudo producir.

Dejó el cuerpo, bebió en el río y luego se encaminó hacia la manada. Esperaba que los invasores no hubieran regresado. En el trayecto fue recordando partes de la noche anterior. Se vio peleando junto a Ajval, después una persecución y otra pelea en la que mató a uno de los enemigos. Al llegar al refugio vio el cuerpo de los lobos caídos en batalla. Apretó la mandíbula y lagrimeó mientras gimoteaba, ahí estaba también el cuerpecito de uno de los dos cachorros que no pudo salvar. Estuvo largo rato observándolos mientras esperaba ver a alguno de los sobrevivientes.

Al sentir lo solitario del lugar, después de mucho rato entendió que no volverían. Alzó el hocico, sintió el aroma disperso de la manada. No tenía claro a dónde ir. Se internó entre los árboles otra vez para ver si encontraba alguna otra pista. Encontró unas pisadas y las siguió por un tiempo hasta que percibió el aroma de Meyel. Se acercaba a su posición, pero no podía ir tan rápido por las heridas. En una zona escarpada resbaló debido a las hojas húmedas, sus patas no lograron aferrar-

se al suelo por lo que cayó de panza sobre unas salvias y bromelias. Estornudó por el intenso olor de las flores; luego se levantó para ir al encuentro con la loba blanca. Por la dirección de su olor estaría cerca del río.

El viento cambió de dirección y sintió el rastro de Ikalmol. No provenía del mismo sitio que el de Meyel. Esperó un poco, pensando con quién debía ir y por qué estaban en lugares diferentes. Su relación con la loba era mejor que con el lobo tuerto, quien desde hace tiempo le traía cierta tirria. Taív no sabía porqué. Cuando fue hacia el río, se alejó del rastro de Meyel. La siguió lo mejor que pudo pero el cansancio volvió y el dolor se intensificó. Además, Ikalmol se acercaba; se detuvo un par de veces para esperarlo, aunque no aparecía; era como si buscara atraerlo a un lugar. Su instinto lo hizo no ir con él y buscar otra vez a Meyel. Después el aroma del lobo negro se alejó y no volvió. Anduvo entonces tras la loba. Se esforzó por alcanzarla y no pudo; quiso aullarle pero seguía sin aliento. Al entrar al bosque de robles y encinos supo a dónde se dirigía. Como no podía seguir prefirió descansar antes.

En el cauce del río por fin bebió del agua helada, se lamió los dientes y el hocico. Alzó la cabeza. Cerca estaba un pecarí que bufaba en la

orilla sin darse cuenta del lobo, o quizá ignorándolo por la sed. Taív agachó la cabeza, levantó los oídos y sin perder de vista a su presa avanzó sigiloso, hasta que un cuco con su canto alertó al pecarí, que nervioso chasqueó los dientes. Con el estómago gruñendo, Taív temió perderlo y se lanzó, aunque estaba a mucha distancia. El pecarí pudo huir, chillando entre los árboles. En otro momento habría sido fácil atraparlo, pero esa noche no pudo alcanzarlo. Taív se detuvo jadeando, dio la vuelta y encontró a los pies de un viejo cedro un lugar para acurrucarse. Con el ruido de sus tripas, el ardor en las heridas, el cansancio y el dolor de los golpes, cerró poco a poco los ojos hasta quedarse dormido.

El sueño de unas fauces filosas a punto de devorarlo lo despertó y dio un salto. Una brisa recorría la copa de los árboles, el canto de grillos y un ulular lejano lo acogieron entre la densa oscuridad. Su estómago le recordó el hambre pero nada se movía, nada olía ni escuchaba. Volvió al río para beber. Bajo la débil luz lunar se sumergió en el agua para quitarse el fango de las patas y el olor de las flores. Al salir chorreó el color marrón de su pelaje junto con hilos de sangre pálida y volvió a su color cenizo.

Era momento de volver con la manada; quizá le darían una reprimenda, pero la recibiría sin con-

testar. Esperaba que tuvieran comida y quería ver quién era el nuevo líder. A su parecer sólo había dos opciones: una, el lobo tuerto, y la otra, Akubal; el segundo lobo le parecía mejor. Luego pensó en su destino, sólo una vez estuvo en aquel lugar pero lo recordaba, era un sitio acogedor aunque la constante presencia de osos no los dejó vivir tranquilos.

Al llegar al final del bosque el aroma de sus familiares se intensificó. Se sintió aliviado al sentir el suave tacto del suelo en sus almohadillas al subir la colina. A diferencia del interior de la arboleda, ahí el aire silbaba frío y con una ligera bruma. Arriba, en la colina vio una sombra y unos ojos brillantes, por su olor reconoció a Akubal.

Al ver salir a Taív de la arboleda el lobo negro se incorporó, sintió un revoltijo en su estómago, olfateó discretamente el aire; no sintió olores extraños. Esperó paciente a que Taív llegara y cuando lo hizo ninguno dijo nada. Ambos se miraron sin delatar su emoción. Taív rodeó al otro para olfatearlo, era una sensación diferente al de antes; no era agresividad pero tampoco se mostraba alegre. Entendió que estaba ante el nuevo jefe y se sentó a su lado. Akubal esperó un momento y también se sentó.

Meyel despertó al sentir unos colmillos en su pata. Uno de los lobos la había mordido mientras

dormía. Pensó devolvérselo pero aquel se dio la vuelta y movió las patas como si corriera. No quiso despertarlo. Entonces vio la silueta oscura de Ikalmol parado en la entrada de la cueva, atento a algo de afuera; tenía las orejas y la cola levantadas, quizá llevaba tiempo así. Esperó ahí sin moverse hasta que el lobo negro salió de la cueva con la cabeza gacha en su típica actitud de caza. Aprisa se levantó para seguirlo, tenía un mal presentimiento. Pasó entre los otros lobos sin despertarlos. Al salir vio a Ikalmol acercándose sigiloso a unos lobos que le daban la espalda. No pensó en quienes eran ni por qué lo hacía, simplemente aulló para alertarlos.

Ambos lobos voltearon alertas pero antes de comprender qué sucedía, Ikalmol se lanzó contra Taív y lo atrapó del cuello. Éste cayó con un chillido y luego sintió otra vez el dolor de unos colmillos perforando su piel. Akubal gruñó y mostró los dientes, pero antes de atacarlo, Ikalmol retrocedió, sin amedrentarse.

—A mí me amenazas y al enemigo lo tienes al lado —dijo el tuerto enfadado, con la boca babeante.

Akubal lo miraba amenazante, sin perder la compostura. Taív se levantó con dificultad.

Observó a ambos lobos, se veían imponentes, con sus pelajes brillosos. Cuando Ikalmol puso su amarillo ojo en él sintió un escalofrío; el mismo que sentían sus presas antes de ser devoradas.

Detrás, Meyel miraba todo con nerviosismo, tenía el pelo erizado y gruñía pero en su mirada era clara la indecisión.

Ikalmol se paró frente a Taív, justo cuando el viento pasó susurrando y dispersó la bruma. El lobo cenizo inclinó la cabeza en señal de no querer problemas, pero la mirada encendida del tuerto era una amenaza terrible, y le mostró los dientes con un gruñido profundo y ronco. El alboroto despertó al resto de la familia. Salieron uno a uno de la cueva, desconcertados. Kajvel se puso detrás de Ikalmol. Algunos se alegraron de ver a Taív, pero el resto parecía desconfiar.

—Nadie se meta —gruñó Meyel, en especial a Kajvel, quien ya había adoptado una postura similar al tuerto—. Esto lo resolverá el líder.

Los lobos permanecieron expectantes. Ikalmol se sintió herido al ser recordado quién era el líder. Su furia incrementó pero no actuó, esperaba el momento propicio.

—¿Por qué está aquí este traidor? —gruñó Ikalmol—. Yo mismo lo destrozaré.

Akubal se interpuso con una mirada asesina, alzando la cabeza sobre la del tuerto.

—Recuerda tu lugar. No puedes actuar sin mi permiso —dijo y luego se dirigió a Kajvel y el resto—. Ustedes tampoco —los lobos retrocedieron, nunca habían visto a Akubal de esa forma—. Creen que Taív mató a Ajval, pero antes de condenarlo, escúchenlo y luego decidiremos qué hacer con él.

Akubal se acercó con el rostro serio a Taív. Poco antes del ataque hablaron de la situación en la que se encontraban: el nuevo líder fue claro, de eso dependería su futuro, incluso su vida, por lo que el cenizo sabía que debía tener cuidado con lo que diría. Le faltaba el aire y tenía el hocico reseco. Confiaba en su historia pero el ambiente en la manada era tenso. Estaba nervioso, sentía la fragilidad de la posición de Akubal como líder.

III

La decisión del jefe

La manada se alineó frente a Taív con miradas de desconcierto, preocupación y ligera hostilidad. Akubal se mantuvo entre ellos alerta para prevenir algún ataque de cualquier bando.

—Cuando esos lobos atacaron —comenzó Taív—. Vi que Ajval los persiguió hacia el bosque y lo seguí. Me dijo que su intención era cazarlos y evitar otro ataque. Decidí ayudarlo. Los encontramos en el río. Los emboscamos y estuvimos a punto de derrotarlos pero nos vencieron y mataron a Ajval.

—¿Es todo? —preguntó Ikalmol molesto—. Ajval era viejo, pero no un lobo débil; no lo habrían derrotado tan fácil.

Akubal observó a Taív con ojos penetrantes. Éste miraba a los demás de una forma extraña. No era temor, pero parecía ocultar algo. El relato que a él le contó fue amplio y detallado. Se preguntó por qué decidió ser escueto, casi insensible. Antes de intervenir, Kajvel se adelantó.

—¿Por qué te fuiste con los enemigos? —Su tono era entre reclamo y súplica de una respuesta convincente. Él era uno de los que creía en la traición, pero deseaba dejar de pensar así—. Estuvimos donde murió Ajval, sabemos que te fuiste con ellos.

Taív bajó el hocico, sin dejar de mirarlos.

—Quería venganza. Los seguí para matarlos. No pude hacer nada, ellos escaparon —dijo.

Otra vez, frases cortas y sin detalles que dejaban más dudas, pensó Akubal. Una niebla de sospecha se formó en su mente.

—Debiste llamarnos, juntos los habríamos derrotado —dijo Meyel.

La luz en el horizonte llegó hasta ellos antes que al resto del bosque.

—Lo hice... —respondió Taív. Iba a decir algo más pero se contuvo.

Ikalmol se acercó con el pelo erizado, mostrando los dientes; en su mirada había una rabia creciente. Akubal también se adelantó pero sin el ímpetu de antes, sólo para imponer su presencia.

—Ni siquiera te esfuerzas —dijo el lobo tuerto—. Es tan conveniente que a ti te dejen vivo mientras a Ajval lo asesinaran. Tu rastro nunca nos indicó una pelea entre tú y ellos. Además se

fueron hasta el bosque de Elgor. Él también es cómplice, ¿no es así?

Taív retrocedió ante el avance de Ikalmol.

—No sé si Elgor está involucrado —dijo—. Cuando les perdí el rastro me desmayé y no supe más. Desperté hasta el otro día.

Ikalmol se ofendió por la seca respuesta y quiso atacarlo, pero Akubal se interpuso. Al verlo a los ojos, el tuerto se detuvo sin bajar su agresividad.

—El lobo que nos atacó —indicó Taív—. Se llama Tok, fue parte de la misma manada que Ajval, hace mucho tiempo. Temía que regresara, por eso me encargó que lo buscara para no sufrir su ataque otra vez —los lobos irguieron las orejas y la cola. Taív observó a Akubal quien lo miraba con recelo—. Fue un buen plan traer a la manada aquí. Estarán a salvo —algo en las palabras del lobo cenizo se escuchaba fuera de tono, como si no estuviera convencido de lo que decía—. Ajval me dijo también que Akubal debía ser el nuevo líder, así que al menos eso se cumplió.

—¿Cuál es tu plan? —inquirió Akubal, preocupado.

—Que me acompañen a buscarlos, ahora están débiles —respondió Taív—. No están muy lejos, quizá podamos alcanzarlos.

Los trinos de unos gorriones se escucharon desde el bosque. Algunos lobos murmuraron entre sí. Ikalmol observó a su líder quien parecía valorar la propuesta.

—¡Es una trampa! —dijo con estruendo—. Quiere llevarnos con el enemigo y entregarnos. Véanlo, duda de sus propias palabras. Él es nuestro enemigo. Akubal, debemos matarlo ahora que podemos.

Taív sintió las miradas de todos como unos colmillos que se clavaban en su piel. Akubal le había hablado sobre los lobos, que algunos creían en su traición, pero ahora veía que todos lo sospechaban.

La declaración del tuerto surtió un efecto poderoso. Observó al nuevo líder, su hermano de camada y con quien había aprendido a cazar; tenía la misma mirada de sospecha que los demás, aunque no tan intensa. Nada que dijera mejoraría la situación. A su mente llegaron los últimos momentos de Ajval, sus patas traseras quebradas, la gran herida en su estómago, el río de sangre que manaba del cuello y hocico. Apretó los dientes; no podía pedir ayuda aunque sus instintos le reclamaban lanzar un aullido largo y profundo.

—Cuídense entre ustedes —dijo, tomando a la manada por sorpresa—. Esas fueron las últimas palabras de Ajval.

—Tú no lo protegiste —dijo un lobo.

—Ese es nuestro deber —añadió Ikalmol—. Defender a nuestra manada del peligro y tú eres uno.

No se contuvo más, atacó a Taív, quien no esquivó la mordida que se incrustó en su hombro. Akubal tardó en reaccionar, pero debido a la tensión y el estrés que le supuso la situación también mordió a Ikalmol, en la tibia, soltándolo cuando el tuerto dejó de morderlo.

—No dejes que te engañe —dijo Ikalmol con un tono implorante que tomó desprevenido a Akubal—. Ustedes son hermanos de la misma generación y sé que confías en él. Pero ahora eres nuestro líder. Debes tomar la decisión correcta para todos, protege a la manada. Demuestra que eres un buen líder para nosotros.

Akubal mostró los dientes, se sentía acorralado; aunque las palabras del tuerto parecían razonables reconoció la intención detrás. La manada susurraba a sus espaldas, no sólo estaban observándolo. El tuerto había logrado poner en duda su posición como jefe. Sintió cómo otros lobos comenzaban a moverse, no era una buena señal dejar que estuvieran a favor de Ikalmol. Parecían dejarle sólo dos caminos: aceptar la historia de Taív y

vivir con la sospecha constante de su traición, o matarlo.

Ikalmol se acercó despacio a Taív, pasando frente a Akubal sin mirarlo. Detrás Kajvel también avanzó y los demás, a excepción de Meyel, parecían secundarlos. Entonces el jefe se puso entre ellos y sin tener una idea clara dijo:

—No estamos seguros si Taív nos traicionó —antes de que la manada se quejara, añadió—. Tampoco podemos confiar por completo en él. Tomé una decisión, Taív ya no será parte de nosotros.

Un silencio dominó a todos. El lobo cenizo se sorprendió en un primer momento de la decisión, estaba casi seguro de que lo atacarían. Soltó el aliento contenido y bajó la cabeza con amabilidad. Mientras tanto, Ikalmol y Kajvel gruñeron molestos; se pusieron frente al recién expulsado con la intención de atacarlo.

—Dependes sólo de ti ahora —dijo Akubal a Taív, acercándose a unos centímetros de su hermano; quería evitar que sus lobos atacaran a Taív. Habló con voz calma y fuerte para que todos lo oyeran—. Lo que hagas no nos incumbe. Si vives o mueres no es nuestro problema. Pero si muestras el colmillo a alguien de mi manada, yo mismo te mataré. ¡Vete ahora!

Aquello fue más una piadosa petición que una amenaza. Sus palabras sonaron duras pero en su interior cada una de ellas lo lastimó tanto como si se las hubieran dicho a él. El lobo cenizo lo miró sin enfado, aceptaba su destino; era la primera orden del nuevo líder, y la última. Antes de que el resto de la familia pudiera reprochar la decisión, les dio la espalda; con la cola entre las patas y las orejas caídas echó a correr colina abajo, perdiéndose entre el bosque. Ikalmol quiso correr tras él, pero Akubal se le puso enfrente, mirándole con ojos ardientes y mostrándole los colmillos.

—¿Vas a desobedecerme?

Ikalmol lo encaró, arrugando el hocico. Cuando vio a Meyel y los demás detrás de Akubal se apartó.

—Espero que no te arrepientas después. Taív es un enemigo peligroso.

Le dio la espalda y se alejó gruñendo, apartándose de la manada.

—Aníl, Tsatsal —llamó Akubal; ambos lobos se acercaron con la cabeza inclinada—. Vigilen a Taív hasta que salga de nuestro territorio —les dijo. Quería mostrar que tenía preocupación ante un posible ataque del recién expulsado, pero en realidad quería protegerlo de cualquier ataque

que pudiera sufrir. Los dos lobos se pusieron en marcha.

Pasó un rato hasta que las cosas se relajaron. El sol estaba pleno en lo alto, las aves cantaban y el olor de liebres y venados animó el estómago de la manada. Akubal debía llevarlos a cazar, pero se sentía agotado así que encomendó la tarea a Meyel quien guió al resto hasta el bosque, excepto a Krem. Éste permaneció en la guarida junto al líder con la excusa de que sería un estorbo en la cacería. Quería vigilar a Akubal y a Ikalmol cuando este último regresara.

—Ve a dormir —le dijo al jefe una vez que estuvieron solos—. Yo vigilaré.

Akubal recordó la noche en que Ajval murió. Éste le había dicho las mismas palabras e igual que en esa ocasión no tuvo otra opción que obedecer.

IV

Los dos caminos

Taív abrió los ojos con pesadez, no quería despertar. Era de día cuando se tumbó a dormir bajo un oyamel y ahora el sol seguía ahí arriba. No sabía cuánto había dormido; recostado olfateó sin percibir marca alguna, el terreno era desconocido, estaba lejos de las fronteras de su antigua manada. El musgo suave le reconfortaba el estómago. Un cuervo lo tenía vigilado desde hace un rato: graznó antes de alzar el vuelo soltando una hoja que cayó hasta donde andaba una catarina, cerca de su hocico. El lobo le resopló y el insecto se tambaleó pero continuó con su camino.

Se incorporó, sus patas le ardían; el dolor en sus heridas era leve y algunas ya habían cicatrizado; se lamió las que seguían abiertas y las olfateó; curarían pronto. Bostezó con un chillido. Paró las orejas y no escuchó más que la brisa y el canto de un cardenal a lo lejos. El aire llevaba aromas de

hierba, roedores y flores, ninguno de lobo. Quizá estaba en un territorio libre de ellos.

Después de un largo rato por fin se puso en pie. Caminó despacio, sin rumbo claro, internándose entre los juncos que crecían en la ladera de la montaña. Olisqueó los troncos, robles, cedros y abedules, entre otros: Ninguno tenía marca de lobo. Su estómago rugió. Siguió a un ratón de campo unos metros y luego cambió de objetivo al ver un conejo gordo. La persecución fue breve; gracias a que el viento le daba de cara logró atraparlo en unas zarzas; salió espinado pero con una buena presa. Ahí mismo se lo comió, aprisa al principio. Creyó escuchar gruñidos y quejas de lobos que se acercarían a reclamarle un pedazo, entonces gruñía; esperaba un poco y alzaba la mirada; volvía a observar su soledad para encajar luego los dientes con tranquilidad. Al terminar se relamió los labios y se limpió las patas en la hojarasca. Esa forma de comer se repitió varias veces, la prisa al principio y la calma después. Aunque cazaba presas pequeñas, para él eran suficiente. Intentó cazar ciervos pero no tenía la experiencia para hacerlo solo y se le escapaban, por eso siempre volvía a los pequeños.

Continuaba su camino sin detenerse mucho tiempo en un solo lugar, acompañado por el rumor

del viento. Ahora escuchaba todo con precisión: el golpe de sus patas en el suelo, la carrera de otros animales a su alrededor, el vuelo de las aves y su movimiento entre las ramas de árboles a la distancia, aromas más profundos y extraños a los que alguna vez sintió. Pero todo era calma.

Al principio descansaba por las noches, luego su rutina cambió; en la oscuridad comenzaba su viaje y por el día buscaba un refugio temporal para descansar y luego continuaba su marcha sin destino. Nunca pasó sed pues los afluentes abundaban, incluso más que en su antiguo territorio. En esos días descubrió su gusto por las moras, las fresas y otras frutas; aunque sus ramas lo lastimaban al comerlas, su sabor dulce valía la pena. Vagó por claros, por riscos, hasta llegar a un bosque oscuro, húmedo, de pinos tupidos y troncos cubiertos por musgo; la neblina era constante en ese lugar. Luego arribó a un valle con un paisaje diferente, todo tenía un orden extraño y un ruido que parecía no pertenecer a la montaña.

Una tarde arrebolada. Desde la cima de una colina, vio un hilo de nubes oscuras subiendo al cielo; expedía un olor extraño que lo atraía; en parte era similar a cuando el bosque estaba cubierto de llamas, pero también estaba cargado de

olores de conejos y de un animal que no recordaba. Su inconsciente lo alarmaba a la par que lo llamaba. Fue entonces a su encuentro. El aroma estaba repleto de ese animal diferente al resto, se encontró con madrigueras extrañas que no encajaban con la montaña. Esperó a que oscureciera, entonces se acercó cauteloso hasta un sendero de piedras alineadas.

Llegó a una de las madrigueras. Miró a través de un hueco; el lugar era alto, lleno de cosas raras y en su interior ardía fuego, pero no quemaba todo. Las otras veces que vio fuego, las llamas eran altas y devoraban todo a su paso; lo sorprendió que aquel fuera pequeño. Se apartó, olisqueó el aire, sintió aromas dulces, otros agrios y luego algunos similares a lobo, que siguió hasta otra madriguera. Escondido, vio a unos lobos echados; aunque por su tamaño más parecían coyotes, pero no encajaban ni en uno ni en otros. De pronto escuchó un golpe seco.

Se arrimó a uno de los ojos de la madriguera, pero antes de llegar dos animales en dos patas salieron manoteándose. Se empujaban y gritaban. Le recordó a cuando él peleaba con sus hermanos por un pedazo de carne. Observó un rato hasta que a su memoria llegó el porqué su instinto re-

negaba de ese aroma. Cuando cumplió su segundo año, sintió un aroma parecido al de las bestias que ahora se peleaban frente a él. Llegaron cuando la manada descansaba, entre estruendos vio morir a varios de su familia, quisieron contraatacar pero fue imposible y antes de que todos murieran, Ajval les ordenó escapar. Cuando las cosas se calmaron, regresaron. Todo el lugar apestaba a una muerte antinatural. Los cuerpos de sus familiares no estaban, se los habían llevado. Toda su camada, a excepción de Akubal y él, murieron esa vez.

Arrugó la nariz y gruñó, pensando que esos dos que peleaban podrían ser los mismos de aquella vez. Con el lomo erizado se agazapó para atacarlos por sorpresa. Del interior salieron otras bestias que reían y gritaban. Eso lo amedrentó, no podría atacarlos a todos, pero al menos derribaría a unos cuantos. Se ocultó tras la leña apilada en la pared y cuando estuvo listo escuchó un ladrido. Las bestias voltearon y una de ellas dijo:

—¿Qué perro tan grande. ¿De quién es?

Ninguno contestó. Los que antes forcejeaban se separaron, uno tomó un trozo de madera para defenderse, lo mismo hicieron los demás. Otro salió con una rama larga y extraña en las manos de la cual salió un estruendo terrible, sorprendien-

do a todos. Taív reconoció de inmediato el sonido asesino, el mismo de aquella vez. Su instinto le hizo dar la vuelta y escapar. Detrás escuchó voces junto con ladridos, lo perseguían. Era rápido escabulléndose entre las madrigueras, pero aquellos lobos no perdían la pista.

Al llegar a la densa arboleda se detuvo y se giró para enfrentarlos. Los pequeños lobos se intimidaron al ver la ferocidad de su rival, pero no retrocedieron y luego volvió su temeridad. Hubo una pequeña escaramuza, los perseguidores recibían las embestidas y sólo lograban morder débilmente a Taív. Hasta que un nuevo estruendo se escuchó, acompañado de un silbido. El lobo cenizo se separó y mientras los pequeños se recuperaban, corrió hacia el interior del bosque. Los canes quisieron perseguirlo pero las bestias los detuvieron.

—¿Alguno vio a dónde fue? —preguntó una bestia mientras revisaba las profundas heridas en el cuello de uno de los animales—. Miren lo que le hizo a mi perro.

—¿Lo seguimos?— preguntó el que estaba a su lado.

—Estuvo a... punto de matarme —dijo uno de los que se había peleado, balbuceaba y se tam-

baleaba—. Era un perro enorme... echaba espuma por la boca y tenía... tenía los ojos rojos... como los mismos fuegos del infierno.

—Es un demonio del bosque —dijo otro—. Pude verle la cara. No era de este mundo.

—¡Idiotas! ¡Sólo era un lobo! —dijo el del estruendo mortal—. ¡Maldita sea! Pude haberlo matado.

—Creí que ya habíamos acabado con todos —dijo el que revisaba a los perros, acariciándole el lomo a uno.

—Tal vez ya vinieron más.

—Habrá que eliminarlos otra vez o se comerán el ganado

—Volvamos, dejé mi tequila por su culpa.

—Ven, no era broma cuando les dije que vi a unos la otra vez —dijo el que se tambaleaba, cuando regresaban—. Eran enormes... uno café... el otro tenía una cicatriz en el hocico...

Taív los observó desde lo alto de una ladera. Gruñó, y aulló con furia. Aquel era un lugar al que no volvería jamás. Luego se internó de nuevo en lo más recóndito de las montañas hasta donde el aroma de las bestias y su estruendo mortal no llegaran.

Akubal observaba la puesta del sol desde su lugar en la colina. Esperaba a Kajvel, Aníl y Meyel quienes bebían en el río luego de un largo reconocimiento de su territorio. Al poco rato subieron por la cuesta, con los hocicos chorreando agua. El líder los dejó recuperar el aliento. La tarde era sosegada con un ligero hartazgo en el ambiente, pero Akubal sentía nerviosismo; sus instintos estaban alertas, le parecía una calma tensa, como la que se siente antes de una fuerte lluvia, pero el cielo estaba despejado.

—Todo bien —dijo Aníl, al ser la primera en recobrar el aire.

—Lo mismo en mi lado —dijo Meyel.

Akubal se sintió aliviado y al mismo tiempo triste. Mandaba a sus lobos con frecuencia a asegurarse de que estuvieran a salvo en su territorio. Aunque en el fondo era para encontrar alguna señal de su antiguo compañero. Desde que Taív se había marchado algo crecía en él, era preocupación, miedo; aunque no estaba seguro por qué. Si lo encontraban tal vez podría aliviar esa sensación.

Kajvel fue el último en hablar.

—En mi lado encontré rastros —dijo al fin con un tono sombrío, parecía más curioso que preocupado—. Son de hace unos días. De varios lobos. Quizá sea Taív, junto a los que mataron a Ajval.

Akubal gruñó. Kajvel podía tener razón.

—O tal vez sean de otra manada —dijo Meyel.

—No podemos descartar ninguna idea —dijo Akubal resoplando. Se levantó y dio un par de vueltas con la cabeza abajo. Pensaba, pero en nada concreto. Había muchas cosas y todas parecían preocupantes. Miró a los demás lobos: a Unen y Tseb, los jóvenes cerca de ser adultos; a Krem, y éste le devolvió la mirada desde la cueva; parecía más cansado. Nunca había visto a la manada tan mermada y pequeña—. Meyel, vigila por mí. Los demás pueden descansar —dijo y se acercó al anciano, juntos entraron a las penumbras de la cueva.

—¿Qué harás? —preguntó Krem con un quejido mientras se echaba en un rincón.

Akubal no respondió de inmediato, se echó frente al anciano, su mirada puesta en él; pero no lo miraba, sus pensamientos estaban más allá.

—No sólo perdimos a Ajval esa noche —continuó Krem—. Sino todo lo que sabía. Él nos formó, nos cuidó todo este tiempo y ahora... es empezar desde el principio, sin que sepamos qué hacer. Él tenía un instinto peculiar para superar estas cosas.

—¿Usted cree que es verdad que Taív nos traicionó?

—Tú crees que no... pero hiciste lo que pensaste que era mejor para la manada. Apoyo tu decisión, aunque la verdad no creo que él haya sido responsable de eso.

Adaptados a la oscuridad, los ojos de ambos reconocieron los cambios en la expresión del otro, además del mínimo cambio en el tono de voz. Akubal se sorprendió al escuchar aquello, pero sus dudas sólo aumentaban.

—No soy un buen líder —confesó—. Si no hubiera pasado todo esto, yo habría propuesto a Taív como líder. Lo haría mejor que yo.

—Así que eso te preocupa —dijo Krem—. Tal vez Ikalmol sería mejor líder. Pero nos habría mandado a pelear y ahora estaríamos muertos, bueno al menos yo. En estas condiciones no somos rivales para otras manadas. Así que al menos hasta ahora nos mantienes vivos.

—Pero todavía pueden atacarnos. Kajvel encontró rastros de otros lobos en nuestro territorio. Me preocupa que la noticia de la muerte de Ajval motive a las demás familias a invadirnos.

—Eso es una señal de que ya nos quedamos mucho tiempo aquí. Debemos vigilar las fronteras; el peligro siempre está ahí. Pero también, pronto necesitarás un refugio para que los próximos cacho-

rros nazcan seguros. En eso debes pensar también, la manada necesita hacerse más grande.

Akubal gimió como un cachorro, escondiendo el hocico entre las patas.

—Para empezar un nuevo refugio no estaría mal — añadió el anciano—. Uno lejos, que nadie conozca. Y para el otro problema... no te queda más que demostrar que eres fuerte. Aunque Ajval era imponente, también se preocupaba y tenía miedo muchas veces, como cuando las bestias casi nos matan a todos. Pero no pensaba mucho, dejaba que su instinto lo guiara. Eres su hijo, su primera camada, mucho de lo que era él hay en ti. Quizá ahora no seas tan bueno cómo él, eso no significa que no llegues a ser mejor. Si debes pelear, hazlo; demuestra que nuestro líder y nuestra manada siguen fuertes.

En la entrada asomó Ikalmol, con su único ojo refulgiendo. Akubal se puso en pie, notó en las palabras del anciano una referencia al tuerto. Éste se quedó en el límite, esperándolo. Akubal gimoteó mientras olfateaba el hocico de Krem, como forma de agradecimiento y respeto. Entonces salió de la cueva, pero antes de hablar con Ikalmol, llamó a Meyel, Kajvel y Aníl, quienes acudieron aprisa. El tuerto miró con recelo a los que llegaban. Se pusie-

ron en círculo y esperaron, Akubal los miraba sin demostrar nada.

—Los lobos de Elgor están en nuestro territorio —dijo Ikalmol—. Seguí su rastro por días, se reúnen en la gran roca de los riscos.

—¿Pensarán atacarnos? —preguntó Meyel.

—Es lo más probable. Ayer los escuché y uno dijo que hoy llegaría Elgor. Tal vez sólo están esperándolo para invadirnos.

Akubal gruñó. Pensó en las palabras de Krem.

—¿Qué hacemos? —preguntó Aníl.

El líder sabía que no podrían resistir un ataque, eran pocos y los más jóvenes, aunque fuertes, todavía no tenían experiencia en batalla.

—Iremos a la gran roca —dijo de pronto—. Saldremos cuando la luna esté alta.

—¿Cuál es tu plan? —cuestionó Ikalmol.

—Aún no tengo uno —se sinceró Akubal.

—Será mejor que pienses en algo rápido —dijo el tuerto—. Elgor es astuto, quizá ya está aliado a otros jefes. No les ganaremos, pero al menos podemos alejarlos.

Akubal observó a Ikalmol de forma inquisitiva. En su aroma había rastros de otros lobos. Además sabía que era impaciente como para sólo haberse ocultado a escuchar una conversación

entre otros lobos. Notó cierta alegría en él cuando propuso que esa noche irían al encuentro de Elgor. La actitud del tuerto le era muy sospechosa, pero no mencionó nada al respecto.

—Aún así, debes dejar a alguien para cuidar el refugio y a los débiles —añadió el tuerto—. Meyel es la indicada. Es fuerte, podrá defenderlos bien.

Todos se sorprendieron al escuchar la propuesta. La loba áurea en seguida se adelantó, gruñendo.

—¿Por qué? —dijo—. Kajvel también puede hacerlo, o Aníl o cualquier otro. Además no tiene sentido, seríamos sólo dos. Mejor vamos todos.

Ikalmol se acercó a ella. Su ojo era intimidante cuando actuaba tan frío.

—¿De qué sirve defendernos de otras manadas si al regresar no encontramos la nuestra? —le dijo incisivo.

Meyel no comprendió.

—Estoy de acuerdo —dijo Kajvel, tampoco entendían las palabras del tuerto; pero prefería ir a la batalla antes que quedarse a vigilar.

—Será una noche peligrosa para nosotros —dijo Akubal—. Sin Meyel perdemos mucho. Y si vamos todos podrían apoderarse de este importante

lugar. Es como si todo se pusiera en orden para un ataque.

—Pensar en todo. Así debe hacerlo un buen jefe —dijo Ikalmol, levantando el cuello—. No hay mejor lobo para una tarea así que Meyel.

Meyel se quedó sin palabras. En cambio, gruñía; mostraba los dientes e inclinaba su cuerpo hacia atrás, amenazando al tuerto.

—Tiene razón. Meyel, te quedarás a defender la guarida —dijo Akubal a la loba, dejándola atónita—. Aníl, avisa a los demás, que estén listos al anochecer.

Aníl salió a esparcir la noticia entre los demás. Ikalmol asintió con la cabeza y sin decir más se internó en la cueva. Detrás de él, Kajvel pasó frente al líder, inclinando el hocico.

—No confío en él —dijo Meyel cuando estuvieron solos.

—Esta noche sabré si fue una buena idea —dijo Akubal.

—Pero puede ser peligroso, incluso podría... —Meyel se detuvo ante el horror que le produjo su idea. Agachó la cabeza y acercó su hocico al cuello del líder acurrucándose entre su pelambre. Un vacío se le formó en el estómago.

—Tranquila —la calmó el lobo negro—. Krem me dijo que confiara en mis instintos y

siento que esto es lo que debo hacer. Así todos confiarán en mí.

Meyel comprendió que no podría cambiarlo de parecer; con la cabeza gacha se apartó hacia la plataforma de piedra y desde ahí observó el bosque. Al sol todavía le quedaban un par de horas en el cielo. Akubal se tumbó en el suelo, dejó que la brisa se apoderara de sus sentidos y pensó en la otra idea de Krem: un refugio nuevo para los próximos cachorros. Si quería que la manada sobreviviera tendría que haber más lobos, y la familia debía crecer segura. ¿Dónde estaría ese lugar? Poco a poco se cerraron sus ojos.

Cuando despertó tenía a todos sus lobos rodeándolo; la luna estaba ya alta en el cielo y un aire seco y gélido dominaba la colina.

—Debemos irnos —dijo Ikalmol. El líder, apenas se levantaba y echó a correr. Detrás de él salió Kajvel, en seguida los jóvenes Unen y Tseb; luego Aníl, Tsatsal, y Akubal cerraba la formación.

Meyel los siguió con la mirada y luego con el oído. Con ella se quedó Krem.

—Sólo soy una carga —dijo el anciano—. Meél me decía siempre antes de morir, “nuestro tiempo ya pasó, ya no deberían cuidarnos”.

Meyel quería salir corriendo detrás de los demás. Pero no desobedecería a Akubal. Por algo la dejó ahí y respondería a su confianza.

—Debo protegerte. Eres importante para la familia —le dijo, honesta.

Krem sonrió. Cuando Meyel les perdió el rastro dirigió la mirada a la montaña más alta en el horizonte; ahí estaban los riscos con la gran roca. Se echó en el puesto de Akubal, y moviendo las orejas y la nariz esperó paciente por su regreso.

El grupo avanzaba como una ráfaga entre los pinos y encinos. No tardarían mucho en llegar. El aire no llevaba ningún aroma, estaba en calma; en el cielo unas nubes se paseaban lentas delante de la luna en cuarto. Los pecaríes y conejos huían a sus madrigueras al sentir la llegada de los lobos y volvían a salir una vez que estos pasaban. Después de un rato, los lobos comenzaron a trotar, cerrando las líneas entre ellos a un punto en que pudieran escucharse sin alzar la voz. Estaban cerca del claro en donde se alzaba la gran roca. Akubal notó algo entre los árboles, pero en principio creyó que era algún venado. El viento no lo favorecía y no quería alarmar a los demás. Aquello tampoco parecía querer atacarlos pues tuvo varias oportunidades y no lo hizo. Simplemente los observaba.

—¿A cuántos creen que nos enfrentemos?
—dijo Kajvel de pronto, rompiendo el silencio—. Quiero encajar mis colmillos en varios, saber si en verdad son fuertes.

Ikalmol giró la cabeza y le clavó una mirada furiosa.

—No tendremos ninguna batalla —dijo Akubal desde atrás, fijando sus ojos en Ikalmol—. No duraríamos mucho contra ellos. Sólo sabremos por qué están aquí.

La sombra acechante entre los árboles se adelantó. Sintió el aroma de lobo desde el otro lado. Supo entonces que no era uno, sino varios.

—Tienen prohibido atacar —dijo Akubal—. Sólo se moverán a una orden mía. ¿Entendieron?

Los lobos asintieron. Akubal habló fuerte y lento como queriendo que los lobos que lo acechaban lo escucharan. Cada vez se sentía más nervioso, no sólo por su situación en ese momento, también por la idea de encontrarse con Elgor. Sólo una vez lo había visto, cuando apenas tenía un año, Ajval lo llevó junto con Taív hasta su guarida. Recordaba poco, sólo su pelaje blanco, su cuerpo gigantesco, y sobre todo sus ojos intimidantes que no lo dejaron dormir por varias noches. Aquella vez se sintió

seguro, protegido por su padre y su hermano. Pero ahora estaba solo.

—Nos siguen —dijo Tsatsal, acercándose a él—. Hay dos a cada lado y uno detrás de nosotros. Aunque desde hace rato nos acompañan, no parecen hostiles.

Akubal olfateó discretamente, el viento corrió despacio sólo un momento a su favor. Percibió a dos. Los demás no parecían darse cuenta aún de la situación. Sin duda aquellos eran lobos expertos. Sólo uno con los sentidos tan alertas como los de Tsatsal podía percibirlos.

—Tampoco creo que quieran atacarnos —dijo—. Sigamos sin que los demás lo sepan. Si se acercan mucho los atacaremos primero.

Para su fortuna, buena o mala, el claro estaba a unos metros. Detuvo a sus lobos antes de salir de la arboleda. Sintió a los que acechaban apartarse a una posición más alejada. Miró a Tsatsal que tenía su mirada en el horizonte, sin perder detalle, por él Akubal supo que aún seguían observándolos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Tsatsal—. ¿Esperamos?

—No —dijo Akubal, frente a él se elevaba la gran roca, ahí estaban tres lobos grises despreocupados. A su izquierda estaban los riscos y luego

todo era bosque oscuro y denso—. Quédate con Aníl, Unen y Tseb; no ataquen a menos que ellos lo hagan. Los demás avanzaremos.

Los lobos creyeron que el plan era para cuidarse por si el encuentro con los de la roca salía mal; sólo Akubal y Tsatsal tomaban precaución por los de la arboleda. A pesar de la indicación, el líder no se movió; tenía el cuerpo rígido con las orejas en alto y la mirada fija en la gran roca. Ninguno de ellos era Elgor y dudó si éste aparecería.

—Avancemos —dijo Ikalmol, en su tono había cierta prisa.

Akubal lo ignoró. Sopesaba la situación con aparente frialdad, lo que impacientaba al tuerto. Por su parte, Kajvel miraba a uno y otro sin decidirse a cuál secundar. Aníl y Tsatsal esperaron con la mandíbula apretada; a los más jóvenes les temblaban las patas, tenían la cola escondida; la tensión del aire los dominaba.

—Tranquilos, no pasará nada —dijo Akubal dirigiéndose a ellos, el olor de su miedo era intenso y no quería que los demás lo sintieran, pero fue tarde, los lobos en la roca alzaron la cabeza con los hocicos en alto y las orejas erguidas—. Saben que estamos aquí. Nos invitan a salir. Avancemos.

Akubal, Ikalmol y Kajvel salieron al claro, con la cabeza recta y la cola erguida; no mostraban hostilidad pero tampoco sumisión. Los vientos iban de un lado a otro; el líder conocía esos vientos, eran engañosos, muchas veces al cazar lo hacían calcular mal, no indicaban con precisión la distancia al objetivo y llevaba muchos más olores de los que quería. No era propicio para ellos. Ikalmol se puso a la par y lo observaba con una autoconfianza altanera.

—Alto —dijo de pronto el lobo tuerto a mitad de camino.

Akubal se detuvo pero no apartó los ojos, bien abiertos sobre aquel. Kajvel se puso justo detrás de ellos.

—¿Qué pasa? —dijo Akubal.

Los tres lobos en la roca los veían sin moverse; parecían estar en total control de la situación.

Ikalmol olfateó, miró a uno y otro lado; luego se adelantó hacia los de la roca quienes no se inmutaron en un principio, hasta que les gruñó, no en su habitual gruñido agresivo, sino que parecía confundido. Los tres lobos lo rodearon. Ikalmol aulló con violencia y los tres le mostraron los dientes; estaban listos para atacar. Akubal también erizó el pelo, todavía sin saber qué pasaba. Enton-

ces otro aullido, ronco y profundo, llegó desde los abetos detrás de la gran roca. Acompañado de otros cuatro lobos, de pelaje gris oscuro y de miradas terribles, apareció Elgor. La imagen de su niñez volvió a Akubal, seguía idéntico; el pelaje blanco por completo, más grande que cualquiera, y esos ojos profundos, brillosos, aterradores; ahora tenía una cicatriz en forma de ovalo en la frente que agregaba más imponencia a su porte. Elgor caminó hasta la gran roca y de un salto llegó a su cima, quedando justo bajo la luna y las nubes que la ocultaron parcialmente. Los demás se posicionaron al pie de la roca, ganando el terreno para una posible batalla.

—Te saludo, joven jefe —dijo con voz profunda. Inclínó la cabeza en señal de respeto, pero sin apartar la mirada, intimidante.

V

La reunión de manadas

Ikalmol avanzó hacia Elgor; éste los miraba desde lo alto con una soberbia única; su pelaje áureo parecía brillar con luz propia. Sus lobos estaban inmóviles, su mirada fija en aquellos que se acercaban, con la cola y las orejas erguidas, pero no hostiles.

—Ikalmol, no creía que de verdad trajeras esta noche al pequeño Akubal —dijo Elgor.

El tuerto no respondió. Akubal arrugó la nariz. Se sentía en riesgo.

—Tu nerviosismo huele como un conejo herido —le dijo Elgor—. Por eso Ikalmol duda de ti. Es una pena lo que sucedió con Ajval, creí que lograría muchas más cosas. Supongo que no era tan fuerte como pensaba.

Elgor saltó, pasando por encima del lobo tuerto y quedó justo frente a Akubal. Éste retrocedió unos pasos al tenerlo tan cerca. Era más grande que Ajval y su aroma acre era intenso. Podía ver

sus colmillos sobresalientes y sus ojos amarillos sin cansancio alguno. El joven líder pensó que no estaba a su nivel y supo, por esa sensación que Elgor le provocaba, porqué éste era temido entre todas las familias.

—¿Tienes miedo? —cuestionó Elgor, acercando su hocico a Akubal, quien con gran esfuerzo para no temblar se le plantó—. Ajval no era mucho más grande que tú, pero nunca se dejó intimidar por nadie, antes estaba dispuesto a atacar. ¿Qué edad tienes?

—Tres inviernos —respondió Akubal con un suave gruñido.

—A tu edad formé mi manada, mucho antes de que Ajval hiciera la suya. Ambos veníamos de la misma manada, era la única que gobernaba en estas montañas. Pero había otras muy peligrosas. Cuando me separé de Sakiltot estuve a punto de morir muchas veces, los lobos eran grandes y feroces, dispuestos siempre a matar. Si yo fuera igual que entonces ustedes ya estarían muertos. A ti te falta valor y experiencia.

A pesar de la pesadez de su mirada, Akubal miró a los ojos de Elgor.

—¿Por eso estás aquí? ¿Quieres nuestro territorio?

Elgor alzó la mirada con una sonrisa.

—Es un buen lugar —dijo—. No me molestaría pasar tiempo aquí. Sería algo sencillo quitárselos, ¿Cuántos son? ¿Quince, veinte? Ni la mitad de nosotros.

Akubal tragó saliva, abrió el hocico pero no dijo nada; el temblor en su voz delataría que su estado era peor de lo que creía.

—Pero no. Al menos por ahora —continuó—. Vine por petición de Ikalmol, él tiene que resolver un asunto contigo, y no hay más autoridad que la mía para ser testigo.

Un búho ululó a la distancia, las nubes ocultaron un momento a la luna, liberándola después de unos instantes. Los árboles susurraban entre ellos inclinándose. Akubal miró a Ikalmol, éste lo observaba con cierto vacío en sus ojos.

—Está inconforme con tu puesto —aclaró Elgor—. Cree que su derecho era ser el líder. Un día llegó a mí y me platicó todo, incluso tu debilidad al actuar con Taív. Yo le propuse eliminarte —un fuego pareció iluminar sus ojos en ese instante—, y también que formara su propia familia.

Ikalmol se acercó y Akubal erizó su pelaje; supo en qué terminaría aquello. Además le preocupaba que Aníl y los demás salieran de su escondite.

—Él, en cambio, sólo me pidió la oportunidad de luchar por el puesto, esta noche. Yo seré el juez de lo que suceda. Así que ahora es el momento Ikalmol, esta es tu oportunidad.

Elgor volvió a colocarse en la cima de su roca. Akubal se agachó, mostrando los colmillos. La actitud del tuerto era diferente a la acostumbrada, su mirada era severa pero no con el instinto asesino de siempre, no mostró los dientes ni tenía el lomo erizado, su cola estaba relajada, sólo sus orejas estaban erguidas. Se acercó con cuidado, tanteando el ambiente. El joven líder retrocedió unos pasos. Kajvel se había apartado lo suficiente para darles espacio para pelear. Imaginó que él conocía los planes de Ikalmol y no supo si debía confiar en que no se involucraría en su favor dado el caso. No podía remediarlo. Esta vez tomó la decisión de pelear, estaba completamente en guardia.

La lucha comenzó con Ikalmol embistiendo a Akubal, las mordidas se encajaban en el cuerpo del otro, las garras rasguñaban los hocicos y sólo se separaban unos segundos para tomar aire y medir a su rival. Tomaban distancia y volvían al ataque. Mientras los demás lobos del claro observaban con seriedad, el único nervioso era Kajvel, y gimoteaba yendo de un lado a otro. Cuando avanzaban hacia

los que peleaban, los lobos de Elgor lo miraban o insinuaban que lo detendrían, y eso bastaba para amedrentarlo.

Los que estaban escondidos estaban desconcertados, pudieron oír claramente la conversación anterior y cuando se pactó la batalla tuvieron el deseo de salir a defender a su líder, sin embargo, éste nunca les dio la señal. Se debatían entre salir y desobedecerlo o esperar a que saliera triunfante. Unen y Tseb temblaban con la cola entre las patas, tenían las orejas abajo y en más de una ocasión tuvieron la idea de dar vuelta atrás y retirarse; pero Aníl y Tsatsal los retenían, diciéndoles que debían aprender. Más que a cualquiera, a Tsatsal lo preocupaba que si ellos se apartaban, los que estaban escondidos saldrían a atacarlos. Aníl también los había notado, poco después de que Akubal saliera. Quietos, sin decirse nada, alzaban los hocicos de vez en cuando para medir la distancia o aguzaban el oído para escuchar pisadas, pero el viento no ayudaba. Aún así se mantenían alertas, se pusieron uno a cada lado del grupo de jóvenes para resguardarlos.

La lucha se prolongó por un rato más. La saliva volaba de uno a otro lado, los gruñidos y el sonido de las mandíbulas al cerrarse con fuerza menguaban hasta que en un momento se detuvieron, los

lobos se separaron; tenían heridas pero ninguna era grave. A diferencia de su primera pelea, Akubal no se contuvo y dominó durante casi todo el encuentro. Incluso en aquel descanso, Ikalmol jadeaba con la lengua afuera, su mirada seguía determinada pero estaba exhausto, y aunque Akubal también se notaba cansado, podía seguir por más tiempo. El tuerto agachó el cuerpo cuando vio al líder acercarse, mantuvo la cola rígida hacia abajo. Elgor se levantó, el corazón le latió con rapidez. Akubal avanzó con paso firme, la cabeza alta, las orejas y cola apuntando al cielo; arrugó la nariz para mostrar sus colmillos puntiagudos, gruñó y cuando iba a morder al tuerto, éste se tumbó a un lado con la panza hacia arriba, todavía gruñó un poco y luego se calmó. Akubal puso su pata sobre él y acercó el hocico al rostro de Ikalmol, éste enseguida se lo lamió en señal de sumisión y respeto. Era todo, la batalla había terminado, por fin había aceptado su rango.

Pero Akubal no parecía conforme, dirigió la mirada a Kajvel quien lo veía con el cuerpo encorvado y la cola entre las patas; no tuvo que ir hacia él para que se tumbara de lado mostrándole su fidelidad. Por fin, el líder se tranquilizó, su pelaje volvió a su sitio y en su mirada ardía un fuego intenso. Elgor bajó hasta él.

—Eres fuerte —dijo—. ¿Qué harás con él? Puedes expulsarlo de tu manada o incluso acabar con su vida.

Akubal se apartó del lobo tuerto.

—Sigue siendo mi familia —dijo—. Él puede decidir por sí mismo.

Elgor miró a Ikalmol quien se levantó jadeando.

—Lo seguiré —dijo con la cabeza baja.

Dentro de la arboleda, Aníl y Tsatsal sintieron el avance de los lobos escondidos; tensaron las patas y se miraron uno a otro sin saber qué seguía. Mientras tanto, Elgor se acercó a Akubal.

—Tienes lobos fuertes en tu manada, pero si un día quisiera quitarte tus tierras, ¿podrías enfrentarme?

Ikalmol se puso al lado de Akubal mientras sorprendido miraba al blanco. Kajvel se unió a sus familiares, amedrentado por Elgor buscó la confianza entre los otros.

—Incluso ahora, podría atacarlos —continuó el blanco—. Somos más que ustedes y ni siquiera con aquellos que se esconden podrían vencernos.

Akubal se sorprendió al ver que sus lobos habían sido descubiertos. Gruñó ligeramente sin atreverse a ofender a Elgor. Aún sin la batalla contra Ikalmol,

con todas sus fuerzas, no estaba seguro de poder enfrentarse a él.

—¿Ya no retrocedes? —continuó Elgor—. Tráelos.

Akubal, sin moverse, aulló. Los cuatro lobos escondidos escucharon la señal. Unen y Tseb apenas podían moverse, tenían el cuerpo encogido y gimo-teaban nerviosos. Aníl y Tsatsal tragarón saliva, motivaron a los jóvenes a salir, aunque sus miradas escondían un nerviosismo similar. Antes de salir del bosque, dos lobos grises por fin se mostraron y se cruzaron en su camino. Eran canosos, de mirada severa pero tranquila, en sus ojos había muchos años de historia en aquellas montañas. Sin decirles nada, esos lobos caminaron con paso tranquilo hacia el claro.

Elgor alzó altanero la mirada para recibirlos, pero al ver quienes eran los que se acercaban su expresión se transformó en humildad: eran Mol y Tot. Olió el aire para estar seguro; no había duda, eran ellos. Se acercaban con la cabeza abajo, sin apartar la mirada de ninguno. Olfateaban calmados, estudiando el entorno. El áureo lobo sabía que nunca se apartaban de su líder y si estaban ahí, entonces Sakiltot también. Cuando ambos lobos llegaron, Elgor agachó la mirada. Todos observaron con sorpresa la acción.

—Siempre intimidando a los cachorros —dijo una voz ronca y suave desde la arboleda detrás de Elgor, justo por donde él había salido al principio. Éste nuevo lobo era gris opaco, más oscuro que los dos anteriores, tenía una barba blanca que se extendía a su vientre, su cola era gruesa con matices negros. Se acercó a los demás con parsimonia, el tiempo parecía suyo.

—Señor Sakiltot, es un honor —dijo Elgor agachando la cabeza sin atreverse a mirar. Al instante gruñó a sus lobos para que hicieran lo mismo. Aquellos, sin entenderlo, bajaron la cabeza.

Akubal, al escuchar el nombre de aquel lobo, por instinto también bajó la cabeza. Vio que Ikalmol hizo lo mismo, en su rostro parecía aflorar una expresión solemne, entre aterrada y honrada por ver aquel lobo, el jefe de todas las manadas de lobos. Sakiltot se quejó un poco, pero de un salto logró colocarse en la cima de la gran roca; ahí bostezo y se acomodó con las patas cruzadas.

—Vine a ver que hacían los pequeños —dijo—. Supe de la muerte de Ajval, luego mis lobos mencionaron que tu manada estaba por aquí y... bueno, quería ver qué pasaba. Espero que no les moleste mi presencia.

—Para nada, señor —dijo Elgor.

Mol y Tot se sentaron como centinelas de piedra a cada lado de la gran roca.

—Espero que no pienses atacarlos de verdad —dijo el anciano—. Sería una pena que desates una guerra entre todas las familias por esto.

Elgor sintió un escalofrío que le erizó el lomo, no comprendió por qué apoyaba a Akubal, pero Sakiltot no mencionaba nada sólo porque sí.

—No, señor —dijo Elgor—. Sólo estaba probando al joven líder.

—Me parece bien —dijo el anciano dirigiéndose a Akubal—. Aún recuerdo el día que Ajval y Elgor se fueron de mi manada. Siempre se creyeron los más fuertes, pensaron que podían dominar todo y me declararon la guerra cuando ya tenían su propia familia. Ajval se tranquilizó después de que los derrotara, pero parece que Elgor todavía tiene algo de ese sueño en el corazón.

—No, señor —interrumpió Elgor—. Siempre respeté el pacto. Sólo estaba enojado porque no pudieron defenderlo. Pero al verlos ahora, sé que son fuertes y habrían muerto por él. Sólo me hacen rabiar aquellos que lo mataron, pero esa no es mi batalla.

—Ni la de nosotros —añadió Sakiltot—. Me temo que los asesinos, son fuertes, mucho. Incluso, si no te cuidas, puede que tu hermano también te mate.

—¿Hermano? —dijo Elgor.

—¿Sabe quién es el culpable? —preguntó Akubal adelantándose a Ikalmol.

—Sí, ustedes también deben saberlo —respondió el anciano—. Un amigo me contó lo sucedido esa noche. Pero como dije antes, esa no es mi batalla. Sólo les aconsejo que si quieren mantenerse seguros, no rompan la alianza entre sus familias.

Akubal no se atrevió a preguntar nada más. Una sensación de saber todo le revolvió el estómago.

—De nuestra parte, se mantiene el respeto a Elgor y a usted —dijo finalmente.

—Lo mismo digo —mencionó el lobo blanco alzando la mirada—. Puede que un día necesite de ustedes.

—Eso es bueno —dijo Sakiltot para luego dar un largo bostezo. Luego continuó—. Esos lobos que están escondidos, son jóvenes aún y huelen a miedo, pero también parecen fuertes —en ese momento miró a sus centinelas y ambos asintieron complacidos—. Conozco estas montañas desde hace mucho, cuando salía a cazar con mi padre. Me entristece ver cómo cada día somos menos, aunque ya no hay tantas peleas entre nosotros, temo que un mal esté por caer sobre nosotros; me lo ha dicho una anciana, lo huele en el aire, algo que no podremos enfren-

tar. Cuando llegue esa amenaza quizá no tengamos más opción que unirnos en una sola familia otra vez. Esa es la noticia que debo darles a todos. No sé cuándo ni quién, pero deben prepararse.

Todos los lobos escucharon con alarma el mensaje de Sakiltot, había dejado su figura de padre para mostrar un semblante hosco que se acrecentó con su oscuro augurio. En ese momento un aura de respeto y admiración se apoderó de Akubal, entendió cuánto le faltaba para ser como él. Pero en su interior, algo parecido a un aullido lejano resonó.

—Ya mandé a mis lobos a esparcir la noticia a todas las manadas. Sería bueno que un día se reunieran. Mientras, vivan tranquilos —en ese momento se levantó—. No dejen que el miedo ni la ira les nuble la razón. Nosotros volveremos a nuestra guarida. Me alegró verlos tan grandes —dijo bajando de la roca. Caminó hacia el sitio de donde salió para perderse ahí sin permitir que nadie se despidiera de él.

—Nos veremos —dijo Mol.

—Un día de estos te visitaremos —mencionó Tot a Elgor con picardía—. Sólo para recordar viejos tiempos.

Al escuchar aquello a Elgor volvió a erizársele el lomo. Sólo sonrió mientras los veía marcharse.

Después de un rato de calma, un aullido profundo y sonoro acaparó todo el bosque.

—Nosotros también nos vamos —dijo Elgor a Akubal. Ya no lo miraba con desdén, pero en su mirada había cierta amenaza—. No los atacaré. Pero estaré atento. Espero que puedan vengarse por Ajval.

Dicho aquello llamó a todos sus lobos y partieron hacia su territorio. El bosque permaneció en silencio hasta que un grillo se atrevió a cantar y poco a poco los sonidos de la noche fueron apropiándose de todo. Akubal alzó el hocico y al percibir que nadie estaba cerca se reunió con todos sus lobos.

—Por ahora solucionamos esto —dijo.

—¿Confías en Elgor? —preguntó Ikalmol.

—No tenemos otra opción —dijo Akubal—. No iré contra las órdenes de Sakiltot, no pronto al menos, pero debemos estar atentos. Ahora debemos volver al refugio.

Los lobos pusieron marcha hacia la colina y en el camino. Kajvel se burló de los jóvenes luego de que Aníl les contara todo lo que les pasó. Fue tanta su burla que en un momento Ikalmol se acercó a él para morderle la pata como advertencia, causando la gracia de todos. Akubal se sintió tranquilo y reconfortado, sentía una actitud diferente en el lobo tuerto que disipaba sus sospechas anteriores.

VI

Las bestias y un extraño

Un día mientras vagaba en su bosque, Taív percibió un aroma particularmente apetitoso. Era uno distinto a cualquiera que hubiera sentido antes y había en él algo familiar. Acrecentó su hambre de una semana, desde su última comida parecía que los conejos y roedores se habían esfumado, las aves que veía eran rápidas o de sabor horrendo. Una vez intentó cazar un venado cola blanca, parecía una presa fácil pero en el último momento se le escapó; cansado, no tuvo más remedio que mitigar la sed con el agua helada de un arroyo cercano. El aroma lo llevó a los límites del bosque. Camuflado entre la oscura niebla se acercó hasta un claro. Ahí estaba una guarida de bestia.

Olfateó dudoso, el aroma era poderoso y las tripas le rugían con fuerza, pero su experiencia pasada lo detenía. Aguzó el oído, escuchó el cacareo de unas gallinas al lado de la madriguera. Sin salir de la arboleda, rodeó el lugar hasta que vio una

prisión en donde aleteaban somnolientas las aves, que trataban de cubrirse de la llovizna con un mal techo que no lograba protegerlas. El lugar estaba en calma, del interior del refugio no provenía ningún ruido, sólo una luz amarillenta y el delicioso aroma combinado con el de pino quemándose.

Salió al claro pisando con cuidado por donde crecía la hierba, evitando dejar sus huellas en el lodo. Llegó a la pared de tierra, bajo la protección de la cornisa. Se asomó por un hueco. Vio a dos bestias, una estaba parada junto al fuego, era robusta y alta, con pelo en el rostro, de olor acre, parecía hablar con la otra, que estaba sentada; ésta era delgada, de cabello largo, de aroma dulce y cálido, a diferencia del primero daba una sensación de calidez. Taív estaba por retirarse cuando escuchó un débil gemido que lo hizo recordar a los cachorros de la manada. Entre los brazos de la que estaba sentada asomó una carita, rechoncha, colorada. Su madre la hizo callar, dándole su seno y cantándole.

Taív se alejó, escuchando la melodía serena y dulce. Cruzó una canaleta y con la delicadeza de un gato se acercó al corral sin que sus inquilinas se dieran cuenta de él. Se detuvo a estudiar por dónde atacar; no era muy alto así que podría saltar, tomar un ave e irse sin que se dieran cuenta. Llegó hasta un

punto por donde sabía que podría brincar; se agachó para tomar impulso; las gallinas seguían acurrucadas entre sus plumas sin sospechar el peligro que se cernía a tan sólo unos pasos. Taív saltó y cayó justo sobre una gorda, de plumaje naranja, sin que pudiera lanzar sonido alguno. Sin embargo, cuando brincó para salir, las aves sintieron que algo pasaba, al descubrirlo y observar a una de ellas en el hocico del lobo, revolotearon y cacarearon. Taív corrió hacia los arboles temiendo que el ruido atrajera a las bestias.

No se detuvo a averiguar si habían salido, corrió bosque adentro, hasta donde sabía que estaría a salvo. No escuchó ningún trueno mortal ni gritos, nada. Se tumbó bajo la protección de un ocote, ahí devoró a la gallina; se limpió la sangre del hocico y las patas con musgo y hojas húmedas. Algunas plumas así como el pico quedaron esparcidos y no se molestó en ocultarlos. Luego fue a dar un paseo al otro lado de su bosque. No quería estar cerca de las bestias, al menos no hasta que el hambre lo llamara otra vez. Aquella había sido una presa fácil.

Taív fue hasta los límites de otros clanes. Al principio no pasó nada, pero luego lo descubrieron y los lobos lo acechaban; hasta que un día, en las

montañas del Este, territorio de la nodriza Menta, lo emboscaron. Batalló con dos lobos, pero seguían llegando y prefirió huir. Corrió hasta su bosque nublado y ahí nadie se atrevió a ir tras él. Se dio cuenta del temor que esos terrenos infundían a los demás, pues lo mismo sucedió con algunos lobos de Elgor y de Manar de la manada del Norte, no se atrevían a entrar en aquella arboleda. Taív se sintió seguro, aunque el alimento no era abundante. Su opción más sencilla fue volver al refugio de las bestias.

Llegó ahí una mañana, el sol se asomaba entre nubes grises; no llovía, pero todo estaba húmedo. Las aves estaban fuera del corral; sería aún más fácil que la primera vez. Su ansia no le permitió reconocer la presencia del tipo alto y robusto parado en la entrada de su refugio. Se adelantó con paso sigiloso para no espantar a las gallinas, pero apenas salió al claro, un llamado, un “¡hey!” lo congeló. Observó por un segundo a la bestia que lo veía claramente. Imaginó que sacaría su estruendo mortal por lo que en seguida dio la vuelta y se marchó. De haber observado mejor habría visto que en vez de un arma llevaba a su bebé en brazos y que tanto el pequeño como el grande observaban al lobo alejarse, más curiosos y confusos que atemorizados.

Taív no volvió en varios días, pues sin nada qué comer tuvo que regresar. Esa vez en una noche cerrada, sin luna, llena de nubes oscuras y vientos fuertes y helados. Se acercó sigiloso; en la guarida había un débil resplandor naranja. Taív olfateó y escuchó con cuidado esta vez, no había nada. Salió al claro, cruzó la canaleta, llegó al corral y pegó el brinco. Calculó mal porque se pegó de bruces contra la red que lo protegía. No tuvo una segunda oportunidad pues las gallinas se levantaron, cacareando y revoloteando. Taív corrió a esconderse entre los árboles. Oculto entre las sombras se detuvo a observar.

Vio a las bestias salir, el alto con un palo y detrás la hembra, cubriéndose con los brazos del inclemente viento. Ambos regresaron adentro cuando el pequeño lloró. Taív esperó y volvió a salir, pero las aves ahora estaban alertas; cualquier ruido las hacía girarse, y aunque no vieran ni sintieran nada su atención resultaba un impedimento para que el lobo pudiera acercarse. Aun así, el estómago lo obligaba a intentarlo una vez más. Pero antes de hacerlo, la madera del refugio rechinó y el macho salió, se adelantó unos pasos y lanzó algo; no podía ver en dónde estaba Taív, pero por la inquietud de sus pollos sabía que estaba ahí. No

quería perder a otro, así que prefirió darle algo de su comida de la tarde, los restos de un pavo asado.

Taív, desconfiado, no salió hasta mucho después de que las luces de la casa se apagaron por completo. Su instinto lo guiaba al corral, pero el aroma del pavo lo atrajo con fuerza. La curiosidad guió a su estómago y luego de olfatearlo muchas veces, de darle varias lamidas y sentir el sabor entre salado y amargo, no se resistió más, con las fauces babeantes se comió hasta los huesos. En aquella noche oscura y ventosa, la bestia macho escuchó el roer y tronar de unos huesitos y luego nada más. En la mañana el número de gallinas seguía siendo el mismo.

Otras dos veces volvió Taív por las noches y otras dos veces se repitió la misma escena, la primera fueron trozos de ciervo y en la segunda uno de los pollos del corral. Regresó una tercera vez, por la mañana. No sabía bien por qué, pero quería probar si sucedía lo mismo de día. Esa vez, ambas bestias estaban cerca de la entrada jugando con su cría. Taiv salió al claro a paso lento, con la cabeza abajo y la mirada puesta en ellos. El primero en verlo fue el crío, que lo señaló a sus padres haciendo unos ladridos. La madre al ver a ese gran lobo de pelaje como la oscura ceniza se

aterró y levantó al bebé con un grito. Taív arrugó la nariz y gruñó, pero no tenía intención de atacarlos. Quizá eso lo intuyó el padre que detuvo a su mujer con una señal de su mano.

—Tranquila, no te muevas —le dijo. Su corazón latía a mil por segundo, la saliva se le espesaba en la garganta pero quería saber qué sucedería—. ¿Nos quedó algo de pecarí?

—Sí —dijo ella con agitación.

—Tráelo.

La madre tardó en reaccionar, pero comprendió y entró a la casa sin dejar afuera al bebé, luego entregó el pecarí al padre. La cría y su madre observaron con curiosidad, en silencio, como el padre daba unos pasos hacia el lobo. En un punto, Taív gruñó para advertirle que era suficiente distancia, entonces él arrojó la carne. El lobo sin perder de vista a las bestias, olfateó la presa; tenía un aroma delicioso, lo lamió un poco y luego lo tomó. Con el semblante relajado observó a las bestias; en sus miradas había un ligero temor, pero también respeto y nada de odio, mucho menos en los de aquella cría que tanto le recordaba a los cachorros. El pequeño todavía alzó los bracitos como queriendo alcanzar al lobo cuando vio que se marchaba a la arboleda. Las bestias esperaron largo rato

para ver si regresaba hasta que cayó la tarde y el frío los hizo resguardarse adentro.

Taív buscó un lugar entre las raíces de un viejo ayacahuite y ahí se echó a comer con tranquilidad, nadie lo molestaría. Luego durmió y cuando la noche cayó se marchó montaña arriba. Por primera vez había cielo despejado y la luna llena estaba próxima, quería un sitio alto para poder admirarla lo mejor posible. Había recorrido todos los sitios del bosque y al norte, no tan cerca de la frontera con Manar, había una cadena de montañas altas y cumbres despejadas. Era la primera vez en mucho tiempo que saldría de su bosque pero su ánimo lo instaba a hacer el recorrido.

Meyel estaba en el lugar de Akubal, era la segunda noche seguida desde que el líder se había ido con Kajvel y un nuevo lobo llamado Jal a recorrer el territorio. Al principio le agradó la idea de ser la protectora de la manada en su ausencia, pero cuando las salidas se volvieron constantes se aburrió rápido, más cuando el recién llegado iba a todas. Desde su llegada una noche se hizo muy cercano al líder. Sólo era un año mayor que ella, pero ese lobo gris parecía mucho más experimentado y fuerte. Perteneció, según dijo cuando llegó,

a la manada del oeste y vagó por mucho tiempo antes de llegar a ellos, atraído por un olor agradable. Como quiera, Akubal lo aceptó, y aunque al principio tuvo sus sospechas, con los días Jal pareció acoplarse bien sin demostrar ninguna hostilidad o intenciones de pelear con el líder.

Ni siquiera Ikalmol iba a las expediciones ahora y aunque su actitud dejó de ser hostil; constantemente se paseaba tranquilo por el bosque sin alejarse demasiado, aunque esa vez no lo había visto desde la tarde. Bostezó y vio unas nubes afiladas ir al encuentro de la luna casi llena.

La forma de las nubes le recordó a Taív. Se preguntó si seguía vivo —esperaba que así fuera— y en dónde estaría. Se tumbó de costado y gimió al pensar en aquellas veces en que le recriminó algo; era tosco y silencioso pero nunca fue severo con nadie. A ella siempre la enseñaba con esmero, era dos generaciones más pequeña que Taív, pero la trataba como si fueran de la misma camada. Si había logrado ser una gran loba tan rápido fue gracias a las enseñanzas de Taív. Con los pequeños era protector y no había nadie más leal que él hacia la manada, por eso sintió remordimientos al recordar que no lo había defendido cuando pudo, e incluso porque creyera en su trai-

ción. Ahora reconocía que lo admiraba y quería verlo una vez más.

Las nubes alcanzaron a la luna y volvió a bostezar. Cuando cerró el hocico con los ojos lagrimeando, se pasó la lengua por la hocico y su nariz sintió un piquete, un olor que parecía de lobo sin llegar a serlo. Se puso en pie, con las orejas y la cola erguida; su pelaje blanco relució sobre la cima de la colina y esperó atenta. El rastro se hacía cada vez más intenso, pronto atravesaría los árboles y llegaría al pie de la colina.

—¿Taív? —susurró—. Pero en seguida descartó la idea. Aunque era parecido no era un lobo.

Parecía descuidado porque sus pisadas entre las hojas eran perfectamente audibles, o quizá era esa su intención. Pronto divisó una pequeña sombra salir de la arboleda. Meyel giró varias veces en su mismo lugar sin decidir qué hacer; gruñó y amagó con atacar, lo que hizo a la criatura esconderse, pero luego volvió a asomar e intentó escalar la colina. Esto sucedió un par de veces más hasta que el extraño por fin se atrevió a subir sin importar las consecuencias. Meyel vio a un pequeño cánido, con un hocico pequeño y largo, subir cortando el viento, sus orejas altas y puntiagudas estaban echadas atrás.

Se puso en guardia y cuando lo tuvo a unos cuantos pasos, aulló.

El llamado resonó con fuerza en la cueva, la familia se levantó confundida, mirándose unos a otros. Krem fue el primero en salir, de hecho lo hizo cuando sintió llegar al extraño y antes de que apareciera ya estaba en la entrada de la cueva sin que Meyel lo notara, echado con serenidad. Después del aviso, Aníl y Tsatsal fueron los primeros en salir, luego los demás.

Un coyote estaba de pie frente a Meyel. Ella gruñía y mostraba los dientes sin decidirse a atacar. Tsatsal se paró al lado de su hermana, crispado el pelaje del lomo; bajó la cabeza hacia el intruso, pero él no se amedrentó; seguía tranquilo, con la lengua afuera.

“Su olor me parece familiar”, pensó Meyel, intentando recordar.

—No busco problemas —dijo el coyote—. Estaría loco si me metiera a una madriguera de lobos para atacarlos. Mi nombre es Bij.

—¿Qué buscas aquí? —cortó Meyel.

Los demás lobos se pusieron detrás de Meyel y Tsatsal con actitud intimidante. Aníl recorrió la colina, pero no sintió rastro de otros coyotes. Sin embargo, encontró a Ikalmol en la plataforma

de piedra, enroscado en su propio cuerpo y oculto entre los relieves de la pared de la montaña, parecía una sombra de ésta. Lo creyó dormido, pero al acercarse vio que lo miraba con fijeza. Desde ahí podía escuchar la conversación, por lo que permaneció ahí, sólo unos metros por delante del tuerto.

—Me costó mucho dar con ustedes —dijo el coyote—. Debo hablar con Taív, es su líder ¿verdad? Tengo un mensaje para él.

Los lobos se miraron y murmuraron el nombre del lobo.

—Él no pertenece a nuestra manada —dijo Meyel—. ¿De quién es el mensaje?

El coyote la miró con curiosidad, frunciendo el ceño; no parecía comprender.

—Entonces, ¿quién es su líder? —preguntó.

Meyel gruñó e hizo el amago de morderlo, sólo con la intención de espantarlo. Pero el coyote saltó al creerse en peligro y mordió por instinto el cuello de la loba. De inmediato Tsatsal pegó un zarpazo al agresor, quien cayó al suelo, y lo aferró con su hocico. Bij gimió, intentando escapar.

—Ella me atacó primero, no quise morderla —dijo con esfuerzo.

—¡Te mataré! —exclamó Meyel. Estaba molesta, no tanto por la mordida, que no la había

lastimado, sino por su orgullo herido porque aquel pequeño coyote fue más rápido.

—Espera —dijo Bij, al sentir los colmillos de Tsatsal clavándose en su cuello—. Mi mensaje es importante.

—Suéltalo —dijo Ikalmol, acercándose desde la plataforma.

Tsatsal dudó un momento pero al final liberó a Bij. El tuerto se acercó a él. Su mirada era helada y paralizó al coyote. Olfateó cada parte del intruso, resoplando siempre que recordaba el aroma. Al final levantó la cabeza.

—Akubal no está —dijo apartándose hacia la entrada de la cueva, echándose cerca de Krem—. Tendrás que esperarlo.

Bij se levantó agitado. El lobo tuerto le provocaba terror, sobre todo por la calma con la que hablaba.

—¿Tardará mucho?

—Si tienes prisa habla, yo se lo diré —dijo Meyel, apretando la mandíbula, aún molesta.

—No, puedo esperar —dijo Bij, dando vueltas en su mismo lugar—. Pero ya que estaré aquí un rato... ¿no tendrán algo de comida?

Krem sonrió al escuchar el atrevimiento del coyote; le parecía un animal bastante curioso. Los

demás se dispersaron al ver que las cosas se habían tranquilizado. Aníl le entregó trozos de carne de ciervo a Bij quien gustoso los llevó a un rincón para que nadie se los quitara. Todos lo miraron con desconcierto pero luego lo dejaron a sus anchas y se olvidaron de él. Excepto Meyel, quien se tumbó en su puesto otra vez, volviendo la vista cada cierto tiempo para asegurarse de que el coyote no intentara algo. Al poco tiempo de haber comido, dejó escuchar sus ronquidos; lo vio con las patas hacia arriba como si estuviera muerto, pero su estómago se inflaba y desinflaba con la misma rapidez. Ella volvió a bostezar.

VII

Aquella noche

Bij gimoteó dormido al sentir un resoplido en su cara, movía su pata para quitarse la molestia; luego sintió intensas sacudidas y apretó los ojos como si quisiera deshacerse de un mal sueño pero sin despertar. Finalmente no pudo resistir, al abrir los ojos vio una nariz negra y húmeda olfateándolo a unos centímetros; luego vio los ojos ámbar de Akubal. Intentó levantarse, pero las patas marrones de Kajvel lo mantuvieron en el suelo.

—Tu nombre es Bij, ¿verdad? —dijo Akubal, apartándose un poco—. ¿Para qué querías hablar conmigo?

—Podría hablar mejor si no me aplastaran las tripas —dijo Bij con esfuerzo.

Akubal lo miró fijamente a los ojos, no le pareció que tuviera malas intenciones. Hizo una señal con la cabeza a Kajvel y éste dejó libre al coyote.

—¿Por qué tardaron tanto? —dijo Bij al levantarse y sacudirse el pelaje. Luego estiró sus

patas delanteras primero, después las traseras y bostezó—. ¿A dónde fueron?

—Eso no te interesa —contestó Kajvel—. Mejor di de una vez qué quieres.

Akubal y los demás lo rodearon, en sus miradas había cierta desconfianza pero sobre todo curiosidad. Los coyotes no sé acercaban a los lobos y menos llegaban hasta su guarida.

—Está bien —dijo Bij, sentándose tranquilamente, jugando con la impaciencia de sus escuchas—. Todo comenzó cuando regresé de un largo viaje más allá de las montañas del sur. Ahí hay tierras que no se imaginan, lugares de arena que quema, riscos profundos y anchos, hasta un gran lago sin final... —Akubal gruñó en señal de que fuera al punto—. Bueno, luego les cuento todo eso. En fin, cuando llegué a este bosque, me detuve para beber y a cierta distancia escuché la llegada de unos lobos. No me gusta encontrarme con ustedes, así que me oculté. Ellos también bebieron en el río. Al último iba uno grande, de pelaje blanco pero sucio y otros más pequeños. Olían muy fuerte y muy feo, no sé cómo explicarlo, como si mucha sangre se hubiera acumulado en su pelo.

«Luego se fueron, pero me causaron una sensación de asco y los seguí. Llegaron al final del bosque

en un claro donde ustedes descansaban. Al principio pensé que eran de la misma manada, pero cuando se separaron y no salían a su encuentro, sospeché que algo tramaban. El viento arreció y aproveché para cambiar de lugar. Luego descubrí que su intención era atacarlos. Quise alertarlos, pero me dio miedo aullar o llegar con ustedes; pensé que me matarían, como casi hacen cuando llegué más temprano... bueno, el punto es que me escabullí de un arbusto a otro, de un árbol a otro, frente al que creí que era el guardián, que no me notó. Cuando Ajval lo hizo, ya era tarde; los otros lobos ya estaban listos.

»Ajval se acercó al bosque y creí que todavía les daría tiempo para defenderse, pero entonces los que se habían apartado atacaron por sorpresa y... bueno, lo demás lo vivieron. Como pensé que no sobrevivirían me marché. Luego ellos volvieron a pasar, huyendo hacia el río. Me escondí para que no me vieran. Vi pasar a Ajval y después a otro lobo. Volví a seguirlos. Llegaron a la roca con forma de tortuga. Sus enemigos se detuvieron a descansar, pero era una emboscada. Ajval y el otro lobo los acecharon y cuando creyeron que podían sorprenderlos atacaron, pero ellos cayeron en la trampa, otros lobos que estaban escondidos los sorprendieron y fueron derribados.

»Mientras estaba en el suelo, escuché que Ajval lo llamaba Tok y le dijo que se fuera de su territorio. Pero Tok se negó, diciendo que como no pertenecía a ninguna de las manadas del pacto, no respetaba los territorios de nadie, que su objetivo era quitarles sus lobos para al final derrotar a Sakiltot. Después, el lobo cenizo que iba con Ajval se zafó de los que lo aprisionaban y logró derribar a varios; su líder también se unió y casi los derrotan, pero al ser menos no pudieron y volvieron a caer, esta vez muy mal heridos. Como ya no se movieron quizá creyeron que estaban muertos. Entonces se lavaron en el río la sangre y sus propias heridas, que eran terribles. Uno de ellos preguntó si volverían para atacar a la manada, pero Tok se negó, dijo que estaban cansados y ustedes ya estaban alertas. Mejor irían a recuperarse para volver por sorpresa. Se lamieron las heridas y se marcharon renqueando.

»Me acerqué a los dos cuerpos, pero entonces el de pelo gris levantó la cabeza y quiso vomitar. Me oculté en unos arbustos cerca. Vi cómo se levantó con esfuerzo, tambaleándose fue con Ajval, lo olfateó y aulló, la primera vez fue largo y como un silbido, la segunda fue más ronca, pero se detuvo al escuchar que Ajval seguía vivo. En

seguida se acercó y le lamió las heridas. No pude escuchar qué le dijo, pero el lobo salió tan rápido como pudo detrás de los enemigos.

»Cuando se fue me acerqué a Ajval, pensé que ya había muerto, pero todavía pudo hablarme. Les diré todo tal cual me lo dijo —gruñó para aclararse la garganta e imitó una voz grave y ronca como la de Ajval—: “Dile a Taív que vuelva con los demás, él será mi sucesor”. Quiso decir algo más pero ya no pudo. Intuí que Taív era quien fue a perseguir a sus enemigos. No sé por qué, quizá me causó piedad ver a Ajval de esa forma, por eso quise cumplir lo que me encomendó».

Los murmullos entre los lobos se hicieron fuertes y cruzaron miradas de consternación.

—Pero mi relato aún no termina, esperen —dijo Bij—. Tuve que ir por Taív. Estaba herido, pero era muy rápido y avanzó mucho. Por suerte conozco bien estas montañas y por algunos atajos logré alcanzarlo en el territorio de ese lobo llamado Elgor. Estaba peleando con dos de los lobos de Tok, estaba rabioso y aunque se veía débil y en desventaja, pudo vencerlos; a uno lo mató con una mordida en el cuello, el otro apenas pudo escapar. Creí que Taív caería rendido pero siguió al enemigo tambaleándose, hasta que por fin cayó. Esperé a ver si el

enemigo no regresaba y hasta después de un rato me atreví a acercarme a él.

«Lo olfateé, le hablé y le mordí la pata para que reaccionara pero no despertó, sólo porque su panza se movía supe que no estaba muerto. Ya casi amanecía, no supe qué hacer. No había rastro de Tok y sus lobos en el aire, las heridas de Taív eran severas pero no moriría. Fue entonces que decidí venir con ustedes, contarles todo y regresar con su compañía a ese lugar.

»Fui tan rápido como pude, pero perseguir a Taív fue agotador. Pasé por el mismo lugar donde había muerto Ajval y ya no estaba, revisé el lugar hasta que lo encontré semienterrado. Olía a otros lobos, creí que los alcanzaría. Cuando llegué a su guarida no había nadie; sólo los cuerpos de dos cachorros y dos adultos. El viento iba de un lado a otro, era difícil seguir los rastros, amanecía, por fin encontré un olor y lo seguí hasta llegar a un precipicio. Estaba agotado y me pareció peligroso ir por ahí. Decidí regresar con Taív y... para mí sorpresa, tampoco lo encontré. Pasé mucho rato pensando qué hacer, estaba harto, con hambre y con sueño. Decidí dejarlos, al final no era mi asunto».

Los lobos lo miraban con ojos entrecerrados. No sabían si creer o no en su historia. Akubal al

escucharlo, reconoció y casi sintió en carne propia todo lo que Taív había pasado aquella noche. Cada vez estaba más convencido de su error al echarlo de la manada y el remordimiento lo lastimaba.

—¿Por qué cambiaste de parecer? —preguntó Ikalmol acercándose desde atrás—. Bien lo dices, no es tu asunto, ¿por qué entonces estás aquí? No creo que sea sólo para contarnos lo que sucedió.

—Todo estaba tan tranquilo —dijo Bij. Su tono cambió, ya no sonaba calmado, sino tenso y su semblante se volvió oscuro—. Pero desde hace días he notado movimiento de muchos lobos, entre ellos reconocí el rastro de Tok. Me alejé de mi hogar en las montañas desnudas para no entrar en sus asuntos otra vez; sin embargo, mala es mi fortuna porque ahí me topé con Elgor y varios de sus lobos, parecían seguir un rastro de alguien. Me descubrieron y acorralaron. No sé por qué estaba tan enojado, pero cuando está así es terrible. Me preguntó si no había sentido el rastro de un lobo sin manada... pensé que se refería a Tok, le dije que sí, que estaba rondando entre los límites de los territorios de Ajval. Luego me preguntó más cosas y terminé por decirle todo lo que sabía de su muerte. Entonces me ordenó que buscara a Taív

y su manada para advertirles del peligro y que estuvieran preparados. Al principio no quise, pero me estuvieron vigilando, así que tuve que volver. Luego encontré el rastro de su manada y por fin di con este refugio. También pensé que Taív había vuelto con ustedes y era el líder, pero al parecer no es así —revisó a cada uno de los lobos para asegurarse, ninguno entraba en la imagen que recordaba—. Esa es toda la historia.

—¿Por qué a Elgor le interesaba que estuviéramos prevenidos? —preguntó Ikalmol.

Bij se encogió de hombros. Akubal se mantuvo en silencio. Ikalmol gruñó; no estaba enojado simplemente parecía que algo lo molestaba.

—Taív no pertenece a nuestra manada —dijo Akubal con pesadumbre—. Ahora veo que eso fue un error.

Nadie parecía cuestionar la veracidad del relato. Aunque al principio tuvieron sus dudas, su instinto les decía que todo era cierto y una sombra de pesar cayó sobre la manada. Pensaban de la misma forma que su líder, habían actuado con enojo al exiliar a Taív; a aquellos que pidieron su muerte les dieron ganas de vomitar, debido a una rabia contenida.

—Todo es sospechoso —dijo Ikalmol, volviendo a la entrada de la cueva, pero él mismo había

descubierto unos días el rastro de un lobo que no pertenecía a la manada, aunque no tenía la certeza de que fuera Tok—. Pero tal vez debamos creerle.

Akubal pensaba lo mismo.

—¿Entonces qué harán? —preguntó Bij.

Akubal miró a los ojos del coyote, tenían un resplandor extraño como si estuviera esperando una respuesta concreta. Pensó en esto, aunque su deseo era que Taív volviera ahora, no podía ir a buscarlo, pues había iniciado la tarea de encontrar un nuevo refugio justo para estar alertas ante posibles ataques. Ahora que sabía de la cercanía de Tok, le parecía más urgente terminar con esto.

—Espera un poco —le dijo a Bij.

El coyote pareció curioso cuando Akubal llamó a Ikalmol, Meyel, Kajvel y a Krem para que se reunieran con él dentro de la cueva. Mientras volvían, Bij centró su atención en una loba de pelaje gris claro que miraba hacia el bosque. Tenía un olor peculiar, rastros de la manada de Elgor y al mismo tiempo de Akubal; pero había otro muy tenue, que sólo su hocico alargado y su nariz penetrante, acostumbrado a los perfumes casi imperceptibles de las montañas, podía percibir. Gimoteó y movió la cola sin que los demás lobos supieran el porqué de su actitud. Cuando la loba se dio cuenta se sintió

apenada, desconcertada, pero al mismo tiempo le pareció gracioso. En ese momento los que habían entrado en la cueva salieron, deslumbrados por la luz. Akubal se acercó a Bij y le dijo:

—Les pedí a mis lobos que acepten a Taív en la familia otra vez. Todos están de acuerdo.

—Eso es bueno —dijo Bij, frunciendo el ceño.

Los que no habían entrado parecieron alegrarse con la noticia.

—Pero tengo asuntos importantes que debo atender antes de buscarlo —continuó el líder—. Sé que conoces las montañas muy bien más allá de nuestro territorio. Por eso quiero pedirte que busques a Taív por nosotros y le digas que vuelva.

Bij se levantó, su expresión fría era desalentadora. Giró un par de veces en su mismo lugar, bajó la cola y las orejas.

—No es tan fácil como decirlo —dijo—. Lo intentaré, pero no prometo nada —en ese momento echó a correr hacia el bosque—. Nos vemos.

Los lobos observaron sorprendidos su reacción, lo vieron alejarse. Meyel se acercó a Akubal.

—¿Vamos por él? —preguntó

—No. Está bien, No podemos obligarlo —dijo Akubal—. Él lo dijo, no es asunto suyo. Ojalá volvamos a verlo algún día.

La lluvia recién terminada levantó una bruma entre los árboles, Taív tenía las patas enlodadas y el pelaje empapado. Iba montaña arriba sobre una escarpada ruta cubierta de hojas, helechos y agujas de pino cafés. A mitad de camino, antes de alcanzar la cima, escuchó voces y risas, el aire aunque manso estaba cargado por distintos aromas levantados por el agua. Fue hasta una pequeña saliente, bajo un ciprés se ocultó entre las hojas de una bartlettina. Escuchó el rumor acercarse y unas pisadas torpes, pesadas que rompían ramas; olió la sangre de conejo y de venado, y también de bestia.

Después de unos momentos aparecieron tres bestias, dos cargaban un par de conejos, además de bolsas y unos objetos largos que olían al estruendo mortal; el tercero tenía en su espalda al venado. Se detuvieron a unos metros frente a Taív. Con un salto los habría alcanzado y matado antes de que se dieran cuenta, pero prefirió permanecer escondido. Bajaron sus cargas y bebieron un líquido de aroma intenso que quemó la nariz del lobo. Intercambiaron cargas y luego de dar otros sorbos a su bebida continuaron, charlando y riendo.

Taív no los vio pero los sintió alejarse. Por fin salió de su escondite al saberlos lejos. Olisqueó el lugar en donde se detuvieron; su aroma era agrio

y desagradable, parecido al lugar en donde fue perseguido, y muy distinto al de la guarida solitaria en el bosque. Pensó en estos últimos y sobre todo en la cría. Un búho ululó desde una alta y frondosa rama de enebro. Ambos se vieron unos instantes en silencio, luego el ave revoloteó, ululó otra vez y levantó el vuelo a otro árbol. Taív lo vio moverse en el cielo tan rápido. Escuchó cómo se escabullía entre unas ramas y el chillido de una ardilla, después calma. Entonces continuó su ascenso por la montaña.

Llegó a la cumbre desnuda, siguió por el terreno cubierto entre musgo y césped; sus patas se relajaron con el cambio de terreno. El aire era húmedo y delgado, la noche estaba próxima y su estómago le pidió alimento luego de días sin comer. Alzó la nariz, percibió un aroma débil más adelante. Después de caminar otro rato vio entre unas rocas los restos de un venado. Se acercó cauteloso, olfateó creyendo que las bestias estaban ahí pero no los percibía, además, el lugar estaba lejos de donde los había visto.

No quedaba mucho del cadáver, no había buitres ni otros carroñeros, lamió la carne primero, luego se puso a roer los huesos y lamió la grasa. No había comido mucho cuando escuchó un feroz gruñido que ignoró al principio, pero luego fue

más cercano y fuerte. Apenas alzó la vista vio una masa parda corriendo a su encuentro. Por instinto se alejó, al volver la vista vio a un gran oso siguiéndole con el hocico babeante, gruñendo y lanzando zarpazos al aire. Taív se alejó hacia rocas más altas y grandes, ahí el oso dejó de seguirlo y volvió al cadáver. El lobo se paró sobre una roca a esperar a que se fuera, pero en lugar de eso otros dos osos, más pequeños, llegaron a devorar lo último del venado. Recordó la batalla que tuvo junto a Akubal con otro oso. Prefirió alejarse y dejarlos tranquilos.

De noche encontró un grupo de rocas que formaban un refugio natural, el cielo se había despejado y él se sentía agotado, con hambre. Decidió descansar esa noche ahí. La niebla llegaba desde la ladera ocultando todo el panorama debajo, pero más allá se veían los bosques y aún más allá imaginó que se encontraba su antiguo territorio. Con la luz de una luna casi llena, la hierba parecía brillar con el sereno; un escarabajo salió de su escondite, luego apareció una lagartija escurriéndose entre los recovecos de las rocas. Taív los observaba tumbado con la lengua afuera, parecía querer devorar a la luna. Escuchó el murmullo del viento y por un impulso aulló largamente, una, dos y hasta una tercera vez, espantando a sus compañeros nocturnos. Luego

volvió a oír sólo el rumor del aire, pero cuando se acomodó para dormir oyó un aullido, corto al principio pero se acercaba. Se levantó de golpe y esperó. Volvió a aullar y la respuesta fue casi inmediata. Se mantuvo en silencio, volvió a escuchar, ahora eran varios aullando, pero él no respondió, en lugar de eso erizó el pelaje y mostró los colmillos a la nada.

Alzó el hocico, sintió a varios lobos en diferentes puntos como si lo rodearan. De pronto, un resplandor blanco cruzó a su lado y sin darse cuenta, ya tenía colgando en su hocico a un conejo que aún gimió antes de morir. Pese a haber capturado una presa gorda no le prestó demasiada atención, puso el cuerpo en el suelo sin dejar de ver a la niebla. Volvió a gruñir para advertir a los que sabía que ahí se escondían. Pensó que eran Tok y sus lobos, pero su rastro era diferente.

Por fin aparecieron sus figuras. El brillo de varios pares de ojos lucieron como luciérnagas hasta que la luna reveló a lobos de pelaje gris unos, más blancos o más oscuros otros. Al final, fue la figura sobresaliente de un lobo de pelaje más pulcro que el de los demás la que llamó su atención; abriéndose paso entre la niebla se acercó a él con mirada arrogante y una cicatriz sobresaliente.

—No venimos a pelear —dijo.

Taív reconoció la voz de Elgor al instante. Se detuvo a unos pasos de él, pero no se intimidó ni retrocedió ante su inmensa presencia. Tomó al conejo entre sus mandíbulas y quiso alejarse, pero los lobos de Elgor le cerraron el paso. Entonces dejó caer su presa y ahí mismo comenzó a devorarlo sin prisa, sin miedo, sin interés en los que lo veían.

—Has pasado por mucho —dijo Elgor. Le observaba el pelaje con mechones enredados, endurecidos por el fango y la lluvia. Tenía un olor intenso, no precisamente dulce pero tampoco desagradable, sino más parecido al de un roble que al de un lobo; también tenía diversas cicatrices, ocultas por su pelaje cenizo. En su mirada resplandecía una actitud retadora al mismo tiempo que le revelaba una sensación de desorientación—. Llevas mucho tiempo vagando.

—Este no es tu territorio. ¿Por qué estás aquí? —preguntó Taív con desinterés mientras arrancaba una pata del conejo.

Los lobos a su alrededor gruñeron, bajaron la mirada con desdén; pensaban que aquel lobo plumizo estaba faltándole el respeto a su líder. Cuando uno de ellos dio unos pasos hacia Taív, recibió una reprimenda visual por parte de su jefe. Ninguno se atrevió a moverse después de eso. Elgor no volvió

a reprenderlos, los había educado para ser feroces y despiadados en batalla, sabía que su sangre hervía por destrozar a Taív. Sintió curiosidad si aquel lobo maltrecho podría hacerles frente o lo derrotarían fácil.

—Cuando se mira a tus ojos, provocas miedo —se sinceró Elgor—. Eres fuerte.

Taív alzó la mirada, sus ojos resplandecían con la luz de la luna.

—Supe de la muerte de Ajval —continuó Elgor—. Un rumor va por la montaña contándolo a todos. También que él te quería como su sucesor. ¿Por qué estás aquí solo?

Taív quebró la otra pata del conejo sin despegar los ojos de Elgor. No respondió.

—No importa, no busco provocarte —añadió el lobo blanco, dando unas vueltas en su sitio y echándose, bostezó para demostrarle calma y hacerle saber que estaba bajo control—. Te busqué para invitarte a mi manada. Tienes lo necesario para superar a Ajval y a cualquier otro lobo. Me gusta que mi familia sea fuerte. Contigo lo será más.

Un vendaval pasó por la cima de la montaña ondeando el pelaje de aquellos canes. Taív dejó de comer; sólo la cola, algunas partes del hocico y patas del conejo quedaron reconocibles. Pensó que

quizá era una trampa. Observó a los demás lobos; ninguno parecía hostil aunque seguían alertas. Para él era sospechoso que uno de los líderes más temidos se presentara así, para pedirle lo que le pedía. Disimuladamente bajó el hocico, movió las aletas nasales, no percibió amenaza ni el aire cargado con la tensión previa a una batalla.

—¿Qué dices, lobezno? Sé que otras manadas no te aceptarían. Dulmer está muy al sur; Jogol, el dueño de los riscos detrás del lago, es una opción, pero no querrá a un posible rival. Mientras que Morgo... me dijeron que ya tuviste enfrentamientos con sus lobos por adentrarte en su territorio. Ellos son los únicos parecidos a mí, así que mi oferta no es algo que puedas despreciar así nada más.

—Podría atravesar los bosques para hablar con Sakiltot —dijo Taív demostrando saber más de lo que creían.

Elgor sonrió levantándose.

—Podrías —dijo—, pero dudo que puedas llegar hasta su guarida, ni las grandes manadas ni las pequeñas te dejarían. Además, hay lobos como tú, exiliados, sin manada, enemigos de todos.

Taív arrugó el hocico, un chispazo le recordó a Tok, sintió su sangre bullir por un momento.

—Entonces, ¿qué dices? —insistió—. No tienes futuro como un lobo solitario, cada día te alejarás de estas tierras hasta que no te quede ni un palmo, ni halla más caza para comer; ese día llega pronto para lobos como tú, entonces sólo quedará la muerte y todos te olvidarán.

Taív bajó la cabeza. Elgor la elevó para mostrarse más alto y orgulloso. Al ver la duda en el lobo cenizo se acercó para olfatear el aire a su alrededor, el rumor de la montaña cesó.

—Desde que dejé a Sakiltot, mi idea fue formar a la familia más poderosa, luché por sobrevivir solo cada día y estuve a punto de morir. Pero conocí a varios que compartían mi ideal, la misma fuerza y ganamos territorios y conquistamos manadas, pronto dominamos el bosque del oeste y expandimos nuestro territorio sin que nadie pudiera detenernos. Las cosas siguen igual, sólo los mejores pueden ser parte de mi manada, no importa quienes sean ni de donde vengan —se dio la vuelta para darle la espalda, mirando hacia el paisaje cubierto de niebla que se extendía montaña abajo, hacía ahí avanzó despacio—. Te lo vuelvo a decir, tienes un potencial grande, encajarías bien con nosotros. No tengo prisa. Tómate tu tiempo para pensarlo. Te dejaré tranquilo por ahora, pero

esperaré con ansias a que llegues a mí —sus lobos se unieron a él, y cuando casi eran cubiertos por la bruma, se escuchó su voz—. Cuando te cruces con un coyote, ponle atención.

Taív suspiró como si se librara de una opresión en el pecho. El viento volvió a soplar moviendo la hierba del suelo; todo parecía cobrar vida otra vez. Ignoró la última advertencia de Elgor, pero pensó en su invitación. Miró toda la noche a la luna, a los bosques, a las montañas más allá; la idea de volver a pertenecer a una familia no parecía mala ahora, pero dudaba. Todavía era de noche cuando refunfuñó, se levantó de su guarida temporal y puso rumbo al bosque oscuro, cubierto de niebla constante, como si siguiera otra vez a esa voz interna, un llamado que cada vez se volvía más confuso.

VIII

El llamado

Meyel observaba a Sakubel, la loba que llegó la misma noche que Bij. Amanecía y ella seguía inmóvil a su lado con la mirada fija en el horizonte; esperaba paciente la llegada de Akubal y los demás. Desde hace unos días había dejado de ir a las expediciones y la loba blanca notaba un olor diferente en ella, pero no lograba identificar a qué se debía. Cuando llegó la primera vez sintió celos y pensó que su posición estaría en peligro, sobre todo porque provenía de la manada de Elgor; pero su actitud sumisa ante sus nuevos compañeros fue un aliciente para que la aceptaran rápido. Ahora, despertaba en ella un instinto peculiar hasta entonces dormido. Se preguntó si algún día ella también podría dejar la manada para seguir a otro lobo.

Sakubel gimoteó y se puso en cuatro patas. Meyel no tuvo que revisar para saber que Akubal estaba cerca. A los pocos minutos, tanto el líder como Kajvel y Aníl atravesaron la barrera de árboles

y llegaron hasta ellas. Akubal llegó hasta Sakubel moviendo la cola, la olfateó y gimieron al mismo tiempo. Parecía contento y relajado a diferencia de otros días.

—Por fin encontramos el lugar —les dijo—. Aún tenemos que revisar bien, pero en unos días nos mudaremos.

Ikalmol salió de la cueva al sentir el aroma de Akubal; se acercó a ellos y sin decir nada pareció interrogar al líder con la mirada.

—Relájense —dijo Akubal a Kajvel y Aníl, y luego se dirigió a los demás—. Esta noche no saldremos.

Todos se dispersaron, con excepción de Ikalmol, quien se quedó a lado de Akubal; éste se situó en su puesto de vigilia invitando al tuerto a sentarse junto a él. Desde el incidente con Elgor. Ambos tenían claros sus roles.

—No hay rastros de él —dijo sereno Ikalmol. Pese al largo tiempo escuchándolo gruñir y regañar Akubal aún no se acostumbraba a ese tono—. Como si hubiera desaparecido, o quizá...

El tuerto dejó el comentario al aire, no se atrevía a mencionarlo ahora. Akubal pensó un momento y dijo:

—Los lobos de Jolgor fueron los últimos que lo vieron, lo alejaron de su territorio. Debió ir más allá de estas montañas.

—Nos estamos arriesgando mucho al salir de nuestro territorio, las demás manadas podrían confundir las cosas. Y los demás, aunque quieran verlo de vuelta, se están cansando de la búsqueda.

Akubal asintió.

—Pensaba que iríamos juntos al nuevo refugio —confesó.

—¿Por eso aún no nos vamos? El aire es cada vez más frío y hay menos hojas en los árboles; las heladas están cerca, deberíamos ir antes de que lleguen. Además, pronto la manada será más grande.

Akubal miró al tuerto; pareció alegrarse por lo que sabía, pero en seguida una sombra de preocupación cubrió el rostro.

—Tengo la sensación de que algo pasará. No sé si es por la profecía de Sakiltot o tiene algo que ver con Taív. Es como si el peligro rondara en el aire. Mi deber es proteger a la manada, debo decidir sobre lo que es mejor para todos. Esperaremos unos días, si no tenemos pistas entonces marcharemos.

Ikalmol notó la tristeza en sus palabras. Gruñó antes de hablar como si le costara encontrar las palabras adecuadas.

—Esta es la única familia que he tenido — dijo—. Mis padres y hermanos fueron asesinados por otra manada antes de cumplir mi primer año, esta cicatriz es un recuerdo perpetuo de eso. Deambulé sólo por mucho tiempo hasta que me encontré con Ajval. Teníamos la misma edad y él ya estaba formando su propia manada; tenía pocos miembros, me pidió unirme, pero yo desconfié y lo rechacé, entonces un día a punto de morir de hambre, sabiendo que estaban cerca, fui con ellos; pensé que me rechazarían, en vez de eso, Ajval me ofreció comida y refugio. Aquella fue la primera vez que volví a estar con otros lobos. Desde entonces me prometí defenderlos como no pude con mis padres y hermanos.

«La manada se hacía más grande y necesitábamos afianzar nuestro territorio antes que los demás. Tuvimos duras peleas, nadie quería ceder ni un palmo de tierra para no verse débiles. También hubo inviernos sin comida y sin un lugar que nos protegiera, incendios que nos obligaban a movernos de sitios ideales; perdimos a muchos de nuestros amigos en esos días y cada vez que sucedía me culpaba por no haber sido más fuerte para ayudarlos. Muchas veces perdía la motivación, no importaba lo que hiciéramos, algo sucedía y volvíamos a

comenzar. Pero a diferencia de mí, Ajval siempre se mantuvo firme en lo que quería; a pesar de ver cómo Elgor avanzaba y su familia crecía, nunca cedió y eso atraía a los demás para nunca abandonarlo, nadie lo hizo y aunque mi idea de sobrevivir era diferente a la suya, siempre estuve ahí para ayudarlo. Por eso la sospecha de que Taív era un traidor nubló mi juicio, no aceptaba que alguien pudiera darle la espalda como siempre temí que pasara. Mis miedos eran más fuertes.

»Por eso comprendo tu sufrimiento de ver a uno de tus hermanos en peligro y tu necesidad de ayudarlo. Admiro la forma en que nos guías y tus ganas de defendernos a cada uno. Me arrepiento de haber tratado mal a Taív y comprendí que era yo quien le daba la espalda a su familia, sin poder ayudarlos como tantas veces en el pasado. Aunque la amabilidad y la paciencia de Ajval me sacaban muchas veces de quicio, reconozco que era un líder insuperable; pero ustedes desde cachorros demostraron habilidades y rasgos únicos que me hacían dudar de mi posición. Me enojaba ver cómo ustedes aprendían tan rápido cosas que a mí me llevaron años, tenía claro que me superarían en poco tiempo. Todos se alegraban pero yo lo veía como un peligro para mí y para los ideales de Ajval.

»Un día, poco antes de que muriera, él me dijo que confiaba mucho en ustedes, que su fuerza y valor no era la misma a la nuestra, y si él hubiera tenido oportunidad de elegir no habría peleado como lo hizo. Veía que ustedes lo superarían en cualquier momento, pero a diferencia mía, él estaba feliz con eso. No lo entendí en ese momento y al decir que Taív sería su sucesor, mi resentimiento afloró. Cuando Ajval murió y Taív desapareció vi una oportunidad de seguir con mis ideales. Luego te nombraron líder. ¿Cómo era posible que te prefirieran antes que a mí? Temí rezagarme y que me expulsaras.

»Dejé pasar el tiempo. Te observaba y planeaba una forma de ocupar tu lugar. Por eso fui con Elgor. Le expuse todas mis dudas, me ofreció atacarte y hacerme el líder, pero tuve la sospecha de que aprovecharía para invadirnos y quitarnos el territorio. Luego propuso el encuentro, para saber cómo responderías ante la amenaza. Después de perder contra ti esa noche y ver cómo te imponías a tus miedos, reconocí todo aquello de lo que yo carecía. Tú y Taív tienen esas cualidades que ningún otro lobo tiene, además del instinto de defender a los demás, aún a costa de su propia vida. Ajval tuvo razón, cualquiera de ustedes es un

digno sucesor. Así como le fui leal en su momento, también lo seré contigo y te ayudaré en todo lo que decidas».

El canto de un cardenal se escuchó a lo lejos, mientras ambos lobos reflexionaban en calma.

—Ahora comprendo más lo que es ser un líder —dijo Akubal después de un rato, con semblante dócil miró a la cicatriz del tuerto, observó las canas que sobresalían de su pelaje oscuro—. Siempre creímos que sólo eras un gruñón, pero Taív y yo, aprendíamos de ti; te veíamos e imitábamos tus habilidades, a pesar de que nos hacías enojar, fuiste muy valioso para nosotros, de eso estoy agradecido contigo y me gustaría seguir aprendiendo más de todo lo que sabes.

Ikalmol se levantó, con rostro inexpresivo. Fue al interior del refugio, con voz quebrada y sin voltear, le dijo:

—Así será, pequeño Akubal. También le enseñaré a Taív cuando vuelva.

Taív cruzó el bosque de niebla sin detenerse; su instinto lo urgía a ir con las bestias y su cría. No supo bien porqué, pero quería sentir su aroma, una sensación peculiar le surgía cuando estaba ahí. Reconoció el sendero cubierto de agujas cafés de

pino. Se detuvo al final de la arboleda, dubitativo; había luz en el interior de la guarida, todo estaba tranquilo. Quizá lo vieron desde adentro porque salió el robusto de pelo en el rostro con un trozo de carne y se la arrojó lo más cerca que pudo del lobo. Taív esperó un rato con una mirada inquisitiva, luego se acercó a oler la carne; su estómago le recordó con un rugido el hambre; la tomó y esperó. La bestia hizo una seña con su mano y luego entró a su refugio otra vez. El lobo dio la vuelta y fue hasta el pie de un gran roble; entre sus gruesas raíces, rodeado de neblina, se echó y comió a gusto; se lamió las patas al terminar. La noche se acercaba, y como se sentía cansado se acomodó para dormir.

Su cálido sueño fue interrumpido por un trueno. Se levantó de un saltó; pensó que la lluvia había llegado, pero sólo unas delicadas nubes cruzaban lentamente el cielo despejado e incluso la niebla se había disipado. Bostezó mientras pensaba si el estruendo había sido real o no. Se estiró y levantó la nariz para sentir el perfume de la noche, pero un olor entre mohoso, acre y ahumado llegó hasta él; no pertenecía al bosque, era más parecido al estruendo mortal. Su corazón latía con prisa, su sangre se revolvía, de sus entrañas surgió la ne-

cesidad de morder, desgarrar, destruir. Pensó que las bestias malignas estaban cerca. Erizó el pelaje, estuvo atento a cualquier cambio sutil. No encontró rastro de ellos, en cambio, y proveniente de la cabaña, percibió el olor de la sangre y de unos lobos. Su memoria lo golpeó como un rayo, eran Tok y sus secuaces.

Corrió hasta la guarida de las bestias. Conforme se acercaba, el olor a muerte crecía al igual que la confusión. Al llegar al claro, todos los aromas se mezclaban haciendo el aire denso, casi irrespirable. Con un ligero temblor se acercó a la guarida; no había más ruido que el de los grillos, no había más luz que la de la pálida luna, incluso el suelo se sentía diferente, como si en cualquier momento fuera a desmoronarse. La entrada estaba abierta y al no sentir la presencia de nada, entró; ahí el olor y la textura de la sangre envolvía todo; en medio, alumbrados por la luz que entraba por la ventana estaban los cuerpos de las dos bestias grandes, el macho y la hembra.

Se acercó a ellos para olerlos. Estaban cubiertos de sangre, su carne y parte de sus órganos estaban expuestos. Más allá estaba un objeto alargado, de él provenía el olor desagradable, era el estruendo mortal, y a unos metros el cuerpo de un lobo con la

cabeza destrozada. Sus orejas atentas sólo oían el crujido de la madera bajo sus pies. Buscó pero no encontró a la cría; un rastro de orina entre todo lo demás era apenas perceptible.

Siguió el aroma afuera de la casa, se alejaba hacia el bosque atrás. Pasó por el corral de las gallinas que, salvo un par que picoteaban nerviosas el suelo, habían tenido la misma suerte de sus dueños. El rastro se hacía más intenso entre los árboles junto con el de los lobos. A varios metros encontró algodón roído, esparcido entre el musgo y las hojas de abetos. Continuó, su corazón agitado lo impulsaba a darse prisa. Llegó hasta las orillas de un barranco, revisó el lugar, había unos matorrales de junco y zacate. No tardó mucho en encontrar a la cría, o lo que Tok y sus lobos habían dejado.

Estuvo ahí largo rato observando los restos, gimoteó y soltó unas lágrimas; aquella pequeña cría le había recordado a sus hermanos, a los cachorros de su antigua manada, a él mismo de pequeño. Levantó lo que pudo y lo llevó hasta la cabaña con sus padres. Ahí, al verlos reunidos, se despertó en él la urgencia por salvar a su familia, para que los lobos pequeños no pasaran nada similar. Recordó las palabras de Ajval, “proteger a la familia”. La muerte de las bestias le dio la revelación de lo que

debía hacer; aún si ya no era parte de ellos, aún si eso le costaba su vida. Olvidó cualquier otro deseo que hubiese surgido en él durante ese tiempo; sólo la idea de venganza, de cazar a Tok llenó sus pensamientos. Esa sería su razón para vivir. Se quedó ahí toda la noche, con las garras clavadas en la madera; sus ojos fijos en la puerta y el pelo erguido, hasta que las luces de la mañana llegaron; por fin se paró y comenzó su cacería.

El rastro de Tok llevó a Taív hasta unos riscos de gran profundidad. Ahí les perdió la pista después del esfuerzo por haberlos encontrado luego del incidente en la cabaña. Se paró sobre el precipicio, observó la arboleda al otro lado, el río fluyendo en el fondo, el aire ligero que refrescaba al estar bajo un sol quemante. Parecía que Tok se había esfumado o que de repente hubiera alzado el vuelo, junto a esas águilas de plumaje negro con líneas blancas. Tenía hambre y sed; el suelo desnudo le quemaba las patas. Buscó un lugar para descansar. Cerca había unos árboles de ramas, sin hojas ni sombra; pero a la distancia le llegaba un olor fresco, vio pinos llorones que podían darle buen resguardo.

Al llegar, sus patas se aliviaron con el musgo, era un lugar cubierto por unas salientes de roca.

Más adelante había un ojo de agua de donde bebió hasta saciarse y luego volvió bajo la protección de los árboles. Con el sonido de sus jadeos, de la brisa y del agua brotando, tuvo un momento de calma como desde hace varios días no tenía. Desde ahí podía ver las extensas cadenas montañosas con sus bosques de colores entre grises, cafés y amarillos. Le gustó la sensación de estar cerca de las nubes, pero no le agradaban muchos esas aves que se lanzaban en picada por sus presas.

El ojo de agua iba en una corriente fría hasta caer en una serie de cascadas y encontrarse con el río en las profundidades, formando una especie de cortina húmeda con un arcoíris en su interior. Se tumbó a un costado y suspiró, su mente estaba vacía, ahora que sólo tenía una idea en mente no pensaba en otras preocupaciones; además, no veía más que sombras después de imaginarse venciendo a Tok. Con el arrullo del lugar, cerró los ojos y sabiéndose protegido por la soledad, durmió plácidamente.

Bij volvía a su refugio, orgulloso del conejo gordo que llevaba inerte en el hocico. Sus días habían sido tranquilos desde su charla con los lobos. Quizá el único problema en su vida actual eran las águilas tiranas que intentaban quitarle la

comida o que incluso parecían confundirlo con una presa. Quiso atrapar algunas pero eran rápidas y tenían la ventaja de volar. Aunque más allá de eso, estaba contento, lejos de otros peligros.

A poco de llegar a su refugio se detuvo por un olor extraño, sucio y húmedo, aunque familiar. Se acercó cauteloso, dejó su presa en un recoveco entre las salientes piedras esperando que las aves no la notaran. Olfateó más rastros, también paró los oídos; no encontró más señales. Pisaba con suavidad el suelo, acercándose al refugio, cerca del brote de agua; ahí bajo los árboles vio una masa oscura, se inflaba y desinflaba a un ritmo tranquilo; también escuchó unos ronquidos.

“¿Qué hace aquí un lobo”, se preguntó mirando a todos lados, aguzando sus sentidos en búsqueda de otros. No había más.

Sus patas se tensaron, mostró los colmillos sin gruñir; con sus orejas erguidas y su cabeza abajo se acercó al bulto que dormía. El viento se intensificó, sus silbidos parecieron ensordecen su ya ligero paso, le favorecía; avanzó más aprisa. Al llegar hasta él esperó un momento y olfateó, el cuerpo seguía moviéndose con tranquilidad. Un aroma a sangre, lodo, lluvia, incluso a flores y frutas se combinaban en el intruso; no había rastro de heridas. Sin rela-

jarse, Bij abrió las fauces, en una pelea normal no tendría oportunidad contra un lobo de ese tamaño, pero en esa situación, quizá podría provocarle una herida mortal y esconderse antes de que siquiera se diera cuenta y así tener otra oportunidad.

Su mirada era gélida, sus colmillos largos y afilados resplandecían a la luz de la noche. Imaginó correrse el rumor de que había matado a un lobo hasta más allá de las montañas; le temerían, incluso los depredadores lo dejarían en paz. Acercó su hocico salivante al cuello del lobo; una mordida en el punto exacto, sólo eso. Justo cuando iba a cerrarlo el cuerpo se movió bruscamente, Bij retrocedió, el lobo se levantó, mirándolo con ojos de furia al mismo tiempo que le gruñía. Pese a la sorpresa y el intimidante porte del lobo, Bij no se amedrentó y también lo amenazó.

—Eres ruidoso y apestas —dijo Taív—. Supe de ti desde que llegaste.

Aunque la amenaza había pasado, el lobo sabía que si se hubiera tardado un poco ya estaría desangrándose. Bij se movía en círculos alrededor de Taív, con el cuerpo inclinado; la determinación de pelear por su hogar se le notaba en los ojos pero reconocía sus pocas oportunidades de ganar ante semejante animal. El lobo seguía a su contrincante

con la mirada, tenía las patas flexionadas listas para reaccionar a cualquier ataque. Aunque ambos parecían dispuestos, no tenían la intención de pelear, uno por verse en desventaja y el otro para no gastar sus pocas fuerzas debido al hambre. Ambos esperaban el primer movimiento de su rival.

—Los lobos no volverán a quitarme mi hogar —dijo Bij entre dientes.

Taív se sorprendió al escucharlo, pensó que aquel también era un lobo, a pesar de ser más pequeño y delgado. Al revisarlo con calma, notó el hocico largo, el olor también le era familiar, un coyote; pocas veces había visto uno.

—Eres valiente —dijo Taív con sinceridad, respetaba eso en los animales—. Tienes miedo a morir, puedo olerlo, y a pesar de eso defiendes tu hogar. Mi nombre es Taív, ¿cuál es el tuyo, coyote?

Al escuchar su nombre la postura de Bij cambió por completo. Su hostilidad se volvió relajación, su semblante agresivo era ahora alegre y aliviado. El lobo pareció confuso y pensó que era una especie de burla y lo amenazó con los dientes.

—No te enojés —dijo el coyote—. Mi nombre es Bij. Creí que no volvería a verte, ya te había olvidado y justo te apareces en mi hogar. Tenemos mucho de qué hablar, pero espera, ahora vuelvo.

Taív estaba confundido con la amabilidad del que hasta hace poco era su enemigo. Le hablaba como si en verdad lo conociera. Vio a Bij ir hacia las rocas y sacar el conejo que escondió ahí, volvió con él y lo puso entre ambos; partió el cadáver en dos y con una sonrisa reclamó una parte para sí, la otra se la dejó al lobo, invitándolo a tomarla.

—Ahora sí, podemos hablar a gusto —dijo Bij—. Anda come, también huelo tu hambre. No desperdicies mi amabilidad.

Taív se acercó al trozo de carne y huesos, lo olfateó con recelo y casi en seguida su estómago le reclamó alimento con un rugido. Mordió el conejo y con fuerza rompió los huesos, entonces comió; luego se tendió en el musgo con tranquilidad. Todo rastro de hostilidad entre ambos desapareció.

—¿Cómo es que me conoces? —dijo Taív tras un rato.

—El día que murió tu padre, Ajval, comenzó mi historia con ustedes —dijo Bij con despreocupación mientras roía su presa—. Pensé que habías muerto y dejé de buscarte, pero parece que la Señora de la Montaña quería que nos encontráramos.

Bij relató todo lo que había vivido con los lobos durante ese tiempo. Taív escuchó con atención, le cambió el semblante en varias ocasiones,

pasaba de sombrío a uno de pesar, luego parecía contentarse un poco. Y al final, cuando Bij llegó a la parte en que Akubal le había pedido decirle a Taív que volviera, guardó silencio y esperó la respuesta del lobo.

—Sí, me gustaría volver —confesó Taív—. Pero aún tengo una tarea pendiente. Tú cargaste con eso durante todo este tiempo, sabes de la necesidad de librarse de ello. Por eso no puedo volver hasta que termine.

Bijladeó la cabeza sin comprender del todo.

—¿Cuál es tu misión? —preguntó.

Taív vio receloso al coyote, pero era alguien confiable.

—Estoy siguiendo a Tok —dijo—. Quiero deshacerme de él; no sólo como venganza por lo de Ajval, sino para proteger a la manada, a los cachorros en especial.

—¿Por qué no vas con tu manada a pedir ayuda y juntos enfrentan a esos lobos? —dijo Bij con una mueca.

—Por lo que me contaste, Akubal tiene otros planes y no quiero arruinarle nada —dijo Taív—. Y aunque me acepten otra vez, por ahora sigo sin ser parte de la manada, así que no puedo hacerlo.

También es algo que necesito hacer solo, será mi forma de mostrarles mi lealtad.

Estuvieron en silencio por un largo rato, escuchando el viento entre los árboles y el murmullo del río en las profundidades.

—¡Ya sé! —dijo Bij de repente—. Tengo unos amigos que podrán ayudarnos. Sé que quieres hacerlo solo, pero dejaremos que tú te enfrentes a Tok, mientras nos encargamos de los demás. Si lo hacemos en grupo será más fácil encontrarlos y derrotarlos.

Taív quiso rechazar la propuesta, pero sabía que necesitaba ayuda. No tenía ya el rastro de Tok y encontrarlo solo le llevaría mucho tiempo.

—Ya no tienes la necesidad de seguir involucrado en asuntos de lobos —dijo—. Además, dices que también quieres pelear. ¿Por qué?

Bij pasó de la emoción a un rostro sombrío que parecía romperse. Sus ojos se humedecieron, bajó la mirada al suelo y con voz entrecortada dijo:

—Tú buscas lo mismo que yo, queremos venganza contra Tok.

«Hace un tiempo, era un viajero que iba de una a otra montaña, hasta donde terminan y comienzan las arenas y los grandes lagos. Entonces encontré a una hembra tan dulce y amorosa. Esta

fue nuestra guarida, aquí tuvimos a nuestros dos cachorritos, crecían hermosos y llenos de vida; mi propia manada prosperaba feliz y tranquila. Un día salí a buscar comida, era invierno y las presas difíciles de encontrar, había caído una fuerte helada y todo parecía desolado. Estuve todo el día afuera y sólo hasta la noche pude encontrar algo, era poco pero al menos le quitaría el hambre a los cachorros. Cuando llegué aquí, los encontré a todos muertos... destrozados por los colmillos de unos lobos. Seguí el rastro de los asesinos hasta una cañada, ahí los vi, eran Tok y otros dos lobos, a pesar de mi rabia supe que no podía enfrentarlos y aunque hubiese querido morir, el miedo me impidió atacarlos. Pero guardé el olor de esos malditos en mi memoria, junto a los de mi familia.

«Huí de este lugar; me arrebataron a mi familia, mi hogar, toda mi vida. Deambulé otra vez por todos lados sin ningún motivo para existir. Pasé algún tiempo cerca de las bestias en dos patas, alimentándome de sus sobras y de sus aves. Entonces un día volví, justo pasé por sus bosques y cuando me detuve a beber en el río sentí el olor de esos monstruos. Los escuché planear el ataque contra ustedes, por eso fui a avisarles; aunque pensé que no me creerían, quise al menos alertarlos del

peligro y así ustedes podrían cumplir mi venganza. Pero ya sabemos cómo resultó todo. Como dije, tal vez la señora de las montañas cruzó nuestros caminos para ayudarnos. Sé que no podré apartar el recuerdo de mi familia del de Tok; tampoco podré vivir tranquilo hasta que él muera. Para eso también tengo que pelear, por eso quiero ayudarte».

Taív sentía el dolor atorarse en su garganta y la pena a punto de salir en lágrimas al escuchar al coyote. Se abrieron sus propias heridas; volvieron a él las imágenes de todos aquellos que había visto morir, lobos, coyotes, bestias, las crías.

—Está bien, lo haremos juntos —dijo y sintió cómo el espíritu se le relajaba.

Bij sonrió. No sólo estaba agradecido, sino que se sentía convencido de lograr el objetivo, además de haber podido desahogar el dolor que guardó durante tanto tiempo.

—Nuestras posibilidades aumentan —dijo Taív—. Pero antes tendremos que encontrarlos. Perdí su rastro al llegar aquí.

—No deben estar lejos —dijo Bij—. Pienso que les gustan estas tierras. Mis amigos son hábiles; con ellos podremos encontrarlos rápido. Por la mañana saldré a buscarlos; nos encontraremos al caer la noche bajo los riscos. Ahí comenzaremos nuestra cacería.

Ambos convinieron con confianza. Hablaron un poco más aquella noche; encontraban tranquilidad en el otro y apoyo luego del tiempo vivido en soledad y estaban contentos. Hacia el amanecer durmieron tranquilamente, sin sueños que los perturbaran.

Una vez el sol estaba sobre la montaña, y luego de haber dormido lo suficiente, Bij se levantó, observó al lobo roncar, y con paso sigiloso para no despertarlo, echó a andar. A la distancia volteó a verlo; a pesar de todo, no estaba seguro de si lo esperaba o cambiaría de opinión. No tuvo más remedio que confiar en sus instintos y en él. Entonces echó a correr en búsqueda de sus amigos.

IX

El lobo y el coyote

Cuando Taív despertó el sol estaba por caer detrás de las montañas; en la sombra había estado protegido del calor, pero ahora la temperatura había descendido; el viento se sentía gélido. Buscó a Bij y al no encontrarlo se preguntó en qué momento se habría marchado, incluso se preocupó por si ya estaba en el punto de encuentro con sus aliados. Bostezó soltando unas lágrimas y un gemido agudo; se desperezó, estirando primero las patas delanteras y luego toda su parte trasera; irguiendo la cola, terminó con una sacudida y descendió de aquel terreno hasta el río.

Se paseó por todo el borde del acantilado, escuchando y mirando de vez en cuando el flujo del agua; la tierra pasaba de un rojo intenso a un negro profundo, más suave, con orquídeas blancas. Olfateó y no sintió cerca el rastro de conejos ni de ratas, tampoco aves. Todo se sentía demasiado tranquilo. Al pie del risco las sombras cada vez más

pronunciadas junto a lo solitario que se sentía todo daban un aire siniestro. Llegó al caudal, donde se supone encontraría a Bij; escuchó con atención, olisqueó el aire y el suelo, no había rastros de él. Se acercó a beber, el agua estaba gélida pero su sed pudo más.

Escuchó un chapoteo y al levantar la mirada vio del otro lado, a cierta distancia río arriba, a una cierva con su cría. Ésta última era quien saltaba en el agua sin percatarse de su presencia. Su madre, por otro lado, intuía peligro; estaba quieta, con la mirada al frente y sus orejas activas de un lado a otro, pero quizá pensó que no había nada e inclinó la cabeza. Taív los vio beber, y se metió al agua; el frío punzó en sus patas como agujas, se mantuvo centrado, avanzando despacio. Casi a mitad del cauce, la madre volvió a su estado de alerta y el lobo se detuvo. El cervatillo también se quedó inmóvil, reconocía en la postura de su madre un riesgo; debía estar listo para escapar en cualquier momento, pero era inexperto y giraba la cabeza a todos lados sin encontrar la razón.

Taív lo tuvo claro, era pequeño, sería fácil en la confusión atraparlo; su madre escaparía pero le bastaba el cervatillo para tener una buena comida. Se agazapó en su posición, el silbido del viento hizo a la madre retroceder con ella su cría. Volvieron

a la orilla y la distancia ya era demasiado grande como para intentar cazarlos. Taív desistió, simplemente los vio alejarse al galope. Soltó la tensión de su cuerpo, el estómago le reclamó la oportunidad perdida, pero unos cosquilleos en la pata le devolvieron el ánimo. Un grupo de truchas buscaban entre el pelo del lobo algún nutriente.

Taív recordó cuando pescaba con Akubal y los demás, unos enturbiaban el agua para confundir a los peces mientras otros, él incluido, los atrapaban. Ahora no tenía ayuda, tampoco podía quedarse mucho más dentro del agua; tendría que ser rápido. Tensó el cuerpo y como un relámpago sumergió la cabeza y luego dio un zarpazo, había lanzado un pescado a la orilla y luego salió con otros dos entre sus mandíbulas. Al ponerlos en tierra casi se le escapan pero les quitó la cabeza y no tardaron en quedarse quietos. No se alejó demasiado para comerlos.

En ese momento pensó en Bij. Cuánto más tardaría en llegar y si realmente lo esperaría. Dudó de si valía la pena esperarlo y pensó en seguir su cacería solo. No quería poner en peligro a otros, menos cargar con más muertes; aunque reconocía que entre más fueran, sería más probable cumplir su objetivo. Rascó las espinas lo mejor que pudo,

llevándose unas leves heridas; dejó los restos ahí. Se lavó el hocico y las patas, luego se las limpió en la hierba, no quería atraer a las águilas y los osos, aunque estos últimos no estuvieran muy activos en esas fechas. Miró al cielo, estaba completamente despejado. Buscó un buen lugar para esperar al coyote. Encontró una roca a unos metros; ahí detrás de ella, podría ver todo el terreno sin ser visto.

El sol ya rozaba las montañas y volvía a dormir mientras hacía guardia en la roca. Entonces escuchó unos gruñidos y patas acercándose. Pensó que era Bij, olfateó y escuchó, reconoció a los que se acercaban y aunque sabía que no podrían verlo se ocultó a un lado de la roca. Al poco rato aparecieron dos lobos grises y flacos; detrás llegaron otros tres, entre ellos Tok, quien alzó el hocico. Taiv volvió a ver la herida ahora cicatrizada. Su rostro severo, su pelaje brillante; todo le parecía más grande e imponente que antes.

—Huele a pescado —dijo uno de ellos con la nariz en el suelo, e intentaba definir de dónde provenía el rastro.

—No nos retrases más —dijo Tok—. Bebe de una vez y larguémonos.

Taiv clavó sus garras en el piso rocoso, mostró los dientes, pensó que tendría ventaja, los atacaría

a todos antes de que se dieran cuenta. Quiso que Bij estuviera cerca, pero no podía esperarlo. Encorvado estaba listo para saltar hasta que escuchó a otro lobo y casi en seguida apareció uno más, era de un café similar al ocaso, incluso más grande que Tok; tenía innumerables cicatrices en la cara como en el resto del cuerpo; el suelo parecía sumirse bajo sus negras patas a cada paso. En sus fauces llevaba tres peces retorciéndose. Taív no recordaba haberlo visto antes con ellos y sólo con su presencia se sintió intimidado.

—¡Ah! Eras tú —dijo el lobo que al beber percibió los pescados.

—Tengo hambre —dijo el lobo café, con voz aterciopelada que nada tenía que ver con su apariencia.

—Siempre tienes hambre —dijo otro—. Hambre y ganas de pelear.

—Vámonos —dijo Tok, aspirando profundo; parecía alertado por algo.

—Pero aún tengo sed —dijo el primer lobo, mientras de su hocico escurría agua.

—No importa, vámonos —dijo Tok.

Taív los vio marcharse entre reclamos del que todavía bebía, ignorado por los demás. Estaban por entrar a la arboleda, cuando Tok se detuvo.

—Esperen —dijo el jefe adoptando una actitud de agresividad—. Está cerca.

Los demás lobos permanecieron alertas. Taív pensó que lo habían descubierto; amedrentado pensó en echar a correr; sus oportunidades de ganar habían disminuido con la presencia de aquel lobo café. A sus espaldas escuchó el estrépito de algo que se acercaba, rompía ramas y desprendía rocas; debía ser gigantesco. Apenas pudo darse vuelta y vio pasar cerca la enorme masa de un oso pardo, rabiando y dando zarpazos. Llegó con las fauces babeantes hasta donde estaban los lobos y los atacó sin importar a quien lastimaba primero. Aquellos se replegaron, salvo Tok y el café; los demás estaban asustados, con la cola entre las patas y las orejas gachas.

—Nos siguió desde su madriguera —dijo uno de ellos.

El oso se paró en sus patas traseras y su gruñido resonó en todo el lugar.

—Jefe, váyase —dijo el café adelantándose a los demás. El oso pareció curioso por aquel que se le ponía enfrente.

Tok lo observó un instante y luego se giró.

—Alcánzanos en la cascada, Elek —dijo y se marchó.

Los demás lobos se marcharon agradecidos de no participar en la batalla. Taív quiso seguirlos, pero tenía interés en saber cómo culminaría el encuentro. Se agazapó y observó. El oso también vio a los otros lobos irse y los quiso detener pero Elek se interpuso mordiéndole el cuello, aquella mordida pudo haber sido mortal pero gracias al grueso pelaje la herida no fue grave, aún así gruñó con furia.

La batalla se gestaba con el lobo moviéndose ágilmente, esquivando los zarpazos del oso, mientras aprovechaba a morder y encajarle sus garras en diferentes partes. Su rival se enfurecía cada vez más, pero sabía que con un solo golpe podía cambiar las cosas. El oso se levantó un par de veces más y logró alcanzar a Elek, pero éste no parecía preocuparse de sus heridas, sino que lo motivaban más. Cuando el oso se puso sobre sus cuatro patas y lanzó un gruñido salpicando babas a todos lados, el lobo supo que era su oportunidad; con rapidez lanzó su ataque al cuello y apretó tan fuerte como pudo; fue una mordida brutal. El gigante peludo intentó quitárselo, pero con cada movimiento se debilitaba, hasta que su expresión cambió y cedió, tumbándose en el suelo. Elek mantuvo la mordida hasta que la respiración de su oponente fue men-

guando, con su último resoplido lo soltó al fin. El lobo, jadeante, observó el cuerpo inerte y sus ojos vidriosos; jadeaba y de sus colmillos escurrían babas y sangre. Tranquilamente dejó el lugar para reunirse con los demás.

Taív estaba pasmado por la fiera lucha que había visto. La fuerza de aquel lobo era aterradora. Aún con sus patas temblando se levantó, bajó al sitio de la pelea cuando estuvo seguro de que Elek se había ido. En aquel crepúsculo opaco el cuerpo del oso se enfriaba rápidamente. Al ver aquel monstruo tendido, inerte, se imaginó a Bij, a Akubal, a toda su manada corriendo la misma suerte. Alzó la vista hacia la luna llena y a pesar de su temblor, apretó los músculos y siguió el rastro de Tok y los demás, no debía dejarlos escapar otra vez.

Bij ascendió por la colina de suave césped y aulló para anunciar su llegada. Desde que entró al territorio de Akubal sentía una prisa atípica, intentaba concentrarse en su misión pero volvía a divagar con malos escenarios que le provocaban malestar. Llegó a la cima y no vio a nadie, olfateó ansioso pero no sintió más rastro que uno proveniente del interior de la cueva. Al adentrarse se encontró con Krem quien al verlo alzó el hocico sorprendido.

—Bij, pensé que no volvería a verte —dijo—. ¿Qué te trae de vuelta?

El coyote se acercó a él. Se lo veía más flaco y cansado.

—¿En dónde están los demás? —dijo jadeando—. Debo hablar con Akubal y pedirle que venga conmigo. Encontré a Taív, está esperándonos en los riscos donde nace el agua; está algo lejos pero yendo aprisa podremos llegar al anochecer. Siento que algo malo puede pasar.

—Tienes mala suerte —respondió Krem, alegre al escuchar el nombre de Taív, pero luego miró al coyote con tristeza—. Ellos se fueron en la mañana.

—¿A dónde?

—Eso no puedo decírtelo. Tenemos prohibido mencionarlo a otros, ni aún a ti, a quien consideramos un amigo.

Bij giró un par de veces en su sitio como señal de frustración y desespero.

—Entonces, dime por dónde se fueron; trataré de encontrarlos en el camino.

—La verdad es que tampoco sé en dónde están exactamente. No quise saberlo —dijo Krem, levantándose con esfuerzo, mostrando cómo la piel se le pegaba a los huesos y la cola caía con pesadez.

Caminó hacia el exterior—. Pensaba quedarme aquí adentro hasta que llegara mi hora, pero como el asunto es importante, los ayudaré una última vez.

Ambos salieron al lugar donde Akubal solía vigilar la guarida. Krem se aclaró la garganta, estiró todo su cuerpo hasta la cola, y luego de probar con unos aullidos suaves y bajos, lanzó uno largo que resonó por todo el bosque. La primera vez no surtió efecto, pero después del segundo intento, un aullido lejano respondió.

—Ahí están. Ese es Akubal —dijo el viejo—. ¿Podrás encontrarlo?

—Sí —dijo el coyote moviendo la cola con alegría. Avanzó unos metros hasta que se detuvo y se giró hacia Krem. Este se había echado—. ¿No quiere venir conmigo?

Krem bostezó y dijo:

—No. Tienes prisa y yo no tengo fuerzas para ir; creo que ni siquiera llegaré al amanecer. Por eso tampoco fui con ellos al principio, no quería ponerlos en riesgo. Aquí estaré bien. Ve tranquilo.

Bij bajó la cabeza en señal de respeto y agradecimiento para luego apresurarse a encontrar a Akubal. Cruzó todo el bosque, el río, hasta llegar a unas colinas bajas rodeadas de montañas altas que no recordaba. El terreno estaba cubierto de pasto

casi amarillo y adornado de matas de juncos esparcidas, había pocos árboles; ahí todo parecía muy tranquilo. Corrió tan rápido como sus fuerzas se lo permitían y llegó hasta un arroyo sobre el que un ahuehuete solitario se inclinaba. Ahí, bajo su sombra estaba la manada esperándolo. Se detuvo ante ellos y quiso hablar pero el cansancio lo hizo enmudecer.

—Bebe un poco —le dijo Akubal, alegre por verlo de nuevo. Los demás miembros estaban sorprendidos de ver al coyote—. Escuché a Krem, espero no sean malas noticias.

—Encontré a Taív —dijo Bij luego de beber; su tono era agitado y les explicó muy rápido el plan y dónde lo vería—. Debemos apurarnos, el aire me da una mala sensación.

Los lobos que se habían reunido a escucharlo se miraron unos a otros y alzaron ligeros murmullos de duda. Akubal miró a Ikalmol buscando apoyo. El tuerto entendió y simplemente asintió.

—Te acompañaremos —dijo al fin—. Ikalmol y Kajvel irán conmigo. El resto seguirá hacia nuestro destino. Estamos cerca así que llegarán a salvo. Sigán a Meyel.

—No. Yo también iré con ustedes —dijo la loba blanca, y al ver que Akubal iba a negárselo

continuó—. Sakubel es nuestra guía ahora. Ella los pondrá a salvo. Además, quiero ayudarlos a derrotar a Tok.

Akubal vio la determinación en la mirada de Meyel y comprendió que lo mejor era llevarla. Miró entonces a Sakubel, y sus ojos amables le dijeron que todo estaría bien. Se acercó a ella para olfatearla.

—Regresa con tu hermano —dijo ella—. Para que conozca a tus crías.

Ambos se despidieron. Entonces el grupo de Akubal se marchó guiado por Bij. Una vez que los perdieron de vista, Sakubel llevó a los demás hacia su nuevo hogar. Mientras tanto, el coyote puso al tanto con más detalles a los lobos, de su encuentro y de su plan para vencer a su enemigo. Una sensación de agobio y prisa se propagó entre todos, y pese al cansancio nadie aflojó el paso; el sol ya estaba entre las montañas, la noche estaba cerca. Sólo esperaban llegar lo más pronto posible.

Taív llegó a la parte superior de la cascada, no veía por ningún lado a los lobos de Tok, pero estaba seguro de haber escuchado que ahí se encontrarían. Rastreó, y escuchó gruñidos entre el estruendo del agua; estaban al pie, en donde una neblina

se alzaba. Bordeó el paso, abriéndose camino en la escarpada montaña; el suelo estaba húmedo y flojo por lo que se esforzó en afianzar las patas para no resbalar. Encontró un lugar entre un ocote y un montículo de piedra para ver desde ahí a sus enemigos sin ser notado. Ahí estaban. Elek bebía. No parecía haber pasado mucho tiempo desde su llegada. Más allá el agua desaparecía internándose en los recovecos de una montaña.

Tok y los demás parecían despreocupados, confiados en la seguridad que les daba el terreno sin sospechar que eran vigilados por los ojos de un lobo hambriento de venganza. Taív se movió con cuidado hacia un sitio más próximo, en donde las rocas se volvían afiladas y la brisa de la cascada mojó su pelaje. El viento estaba a su favor, además de que en el lugar los aromas de los árboles, de la humedad del suelo, de las flores y el de los propios lobos se mezclaban para que no olieran a Taív.

Para su suerte, el lobo cenizo vio cómo Tok se colocaba justo frente a él; ahí abajo podría alcanzarlo de un salto. No tendría que enfrentarse a los demás, bastaba un ataque certero para derribarlo. Lo observó sacar la lengua con tranquilidad, parecía disfrutar de la cascada. Los demás se tumbaron con pesadez y bostezaron. Sólo Elek se

mantenía alerta; de un lugar a otro, con los oídos erguidos, atentos, pero sin estar del todo alerta, parecía más preocupado por encontrar algo con lo cual distraerse que en buscar enemigos. Todos estaban esparcidos a una buena distancia, por lo que el ataque podría resultar exitoso. Taív tensó el cuerpo y sacó los colmillos, se agazapó para dar el salto, calculó un par de veces hasta que estuvo listo, entonces pegó el brinco con ferocidad.

X

Aullidos en la helada

Bij iba al frente del grupo, usando atajos, abriendo el paso en terrenos poco concurridos por los animales de la montaña. Detrás iban los lobos, siguiéndole el paso con igual habilidad, a pesar de que hacía algún tiempo dejaron atrás su territorio.

—Casi llegamos —dijo Bij a los demás, aunque fue más para tranquilizar sus ansias.

En ese momento, Meyel lanzó un aullido corto y ronco; los lobos se detuvieron casi en seguida para reunirse, mientras ella se separaba del grupo para internarse entre los álamos. Bij tardó un momento en darse cuenta. Cuando paró su carrera esperó jadeante a que ellos volvieran a seguirlo, al verlos inmóviles tuvo que retroceder con molestia.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Meyel captó un rastro —dijo Akubal mientras olfateaba el aire nocturno; lo mismo hacían Kajvel e Ikalmol—. Todo es un poco confuso, pero puede ser de Taív.

El coyote iba a decir que era imposible, pero la duda lo dominó, ¿y si Taív había decidido irse solo? Finalmente escucharon otra vez el mismo aullido de Meyel entre los árboles; el grupo emprendió la marcha para reunirse con ella. La encontraron en un claro donde la luna la iluminaba, dándole un resplandor fantástico.

—Siento el mismo aroma de aquella noche —dijo.

Los demás olfatearon y reconocieron un rastro familiar, el mismo que tenía Ajval al morir.

—Es el de Tok, sin duda —dijo Bij al darse cuenta. En ese momento sintió un escalofrío—. Vamos, debemos avisarle rápido a Taív.

—Espera —le detuvo Ikalmol—. ¿Qué tan lejos estamos de donde se verían?

Bij lo pensó y dijo:

—Bastante cerca en realidad, por eso debemos apurarnos.

—No percibo su aroma —dijo Kajvel.

—Apesta a otros lobos —añadió Meyel—. Y también a un oso; parece que los sigue.

—Taív es muy hábil —dijo Ikalmol, miró a Akubal como para corroborar su idea—. Si estaba cerca pudo haberlos sentido.

—Sería mejor que siguiéramos este rastro —dijo Akubal—. Estoy convencido que de nos encontraremos en el camino con Taív.

—Pero ese no es el plan —increpó Bij—. Debemos ir al río.

—Nosotros confiamos en ti —dijo Akubal—. Ahora cree en nosotros. Además, por lo que dijiste este rastro no se aparta mucho de donde nos llevas. Nuestro instinto nos dice que debemos seguirlo. Pero eres libre de hacer lo que mejor te parezca.

Sin esperar más, Meyel se lanzó a seguir el rastro, detrás salió Kajvel e Ikalmol lo siguió. Akubal aún esperó a Bij pero al ver su indecisión también fue tras los demás. El coyote apretaba la mandíbula preguntándose qué hacer. Al final el lobo tenía razón, el camino no lo desviaba tanto y en algún momento podría apartarse para ir al punto de encuentro.

Más adelante el grupo se hizo más compacto para poder comunicarse entre ellos sin esfuerzo y sin detenerse. Los lobos vieron contentos cómo el coyote se les unía.

—¿Qué hay en esa dirección? —preguntó Ikalmol a Bij porque se dirigían hacia una zona oscura, cubierta por ocotes y cipreses.

Bij quiso contestar, pero se encontró en blanco; él que tantas veces había pasado por esas montañas no recordaba nada.

—El aire es turbio hacia allá —mencionó Meyel—. Ahí está su olor —su rostro se alegró al reconocer a Taív, pero casi en seguida volvió a ser sombrío.

Bij olisqueó, Akubal tenía razón; seguir el rastro de Tok los condujo hacia el lobo cenizo, pero también la preocupación oscureció su semblante al igual que el de los demás. Sin decirse nada parecían haber llegado a la misma conclusión.

—¡Rápido! No aflojen el paso —les dijo Akubal.

Bij hacía grandes esfuerzos por recordar qué había más allá, pero no veía más que oscuridad. El aliento de los corredores se esparcía como una fugaz neblina; el frío era cada vez más crudo. De repente, escuchó la corriente a cierta distancia, el río estaba cerca, pero había un estruendo extraño, y como un rayo recordó.

—¡Esperen! —gritó, y los lobos bajaron el ritmo con incertidumbre—. Adelante hay una cascada, vamos hacia un peñasco.

—Eso es ese extraño ruido —dijo Kajvel—. El suelo es más blando y resbaladizo que antes.

—Justo aquí el aroma de Taív se mezcla con el de los demás. El del oso desapareció hace rato —dijo Akubal husmeando el suelo—. Van hacia el pie de la cascada.

—Debemos ir con cuidado. Este terreno es traicionero —dijo Bij, adelantándose; su paso era tranquilo, no porque su prisa hubiera cesado, sino porque no quería lastimarse antes de pelear. Pelear, ahora tenía claro que eso es lo que harían pronto.

Cuando llegaron a la orilla para comenzar el descenso, escucharon unos gruñidos entre el ruido de la cascada. El aire conforme descendían se cargaba con el aroma a sangre.

—Prepárense —dijo Akubal en un susurro—. Si es Taív el que está peleando entraremos a ayudarlo.

No hubo necesidad de que le respondieran, todos estaban listos para luchar en cualquier momento. Sólo necesitaban encontrar el punto adecuado hacia el cual lanzarse una vez vieran que era el lobo cenizo.

Un gruñido lastimero llamó la atención de los demás lobos. Vieron a Tok sangrando del cuello y junto a él a un lobo de pelaje cenizo. Elek fue el primero en reaccionar y atacar a Taív, pero este

logró esquivar los zarpazos y mordidas replegándose. “Se me escapó”, pensó Taív al verse descubierto. Su ataque había sido certero, una mordida directa al cuello pero no tuvo en cuenta la gran fuerza y agilidad de Tok quien pudo liberarse, aunque le quedó una gran herida.

—Bastardo —gruñó Tok jadeando—. ¿Quién eres?

Taív mantenía los ojos fijos en él, mostraba una furia singular, no tenía nada más en la mente que no fuera acabar con él. Los demás lobos se situaron entre ellos, para defender a su líder. Al verlos, Taív mostró los colmillos con la sangre de Tok, los retaba y al mismo tiempo les dejó ver su instinto asesino. Todos, excepto Elek, se sintieron intimidados. Pero estaba en desventaja y tendría que ser muy inteligente o moriría en vano. No quería gastar energías en una batalla con los demás, aunque sólo el lobo café supusiera un gran reto. Los vio desplegarse y rodearlo, atacarían al mismo tiempo desde todos los puntos posibles.

Embistieron con ferocidad pero Taív pudo esquivarlos sin mucho esfuerzo; no eran tan rápidos como Elek y los zarpazos que lograban encajar eran débiles; no provocaban más que rasguños. Pudo contraatacar mordiendo a unos cuando tuvo

la oportunidad, y los hizo replegarse. Pero cuando el lobo café se integró a la lucha las cosas cambiaron rápidamente, casi al instante logró hacer bastante daño, con mordidas en las patas, zarpazos en el cuello y el rostro, además de la molestia que suponían los demás lobos quienes ya no retrocedían.

Tok los observaba con furia, pero poco a poco su vista se nubló. Fue hacia la cascada a beber e intentar limpiarse la herida. Al principio pensó que no era gran cosa, pero perdía sangre muy rápido, además la temperatura descendía a cada instante. Temió perder el conocimiento. Arengó a sus lobos a que terminaran rápido con su enemigo pero la batalla se alargó y ni siquiera Elek podía derribarlo; en la escaramuza atacaba a sus propios compañeros que lo estorbaban. Estos se levantaban confusos, parecían estar luchando contra dos o tres y no sólo contra uno, entonces volvían a arremeter y todo se repetía.

Taív se cansaba rápido, aunque pudo mantener el ritmo no era fácil cuidarse de tantos lobos al mismo tiempo. Terminó acorralado contra la pared de la montaña; ese fue un momento de descanso. La brisa de la cascada le hacía ver una nube entre él y sus adversarios, quienes también jadeaban y cojeaban. Su cuerpo le ardía y los golpes dolían; sin verse

sabía que algunas heridas eran bastante profundas. Aquellos parecían confiados en terminar con él de un momento a otro y se tomaban su tiempo, para medirlo y asegurarse de cuál sería la mejor forma de acabarlo.

—¡Elek, acaba con él de una vez! —gruñó Tok, desesperado y cansado.

Taív lo vio detrás de los demás; Tok se tambaleaba sin poder sostenerles la mirada; su cuello antes pulcro tenía una enorme mancha de sangre oscura; su olor intenso llegó hasta Taív. Si tan sólo pudiera librarse de los otros acabaría con Tok en un ataque.

Con la luz de luna llena Taív vio a la figura de Elek adelantarse hacia él con un andar orgulloso, desdeñoso de la vida de los demás. Se olía en él que disfrutaba de la pelea incluso más que contra el oso. Los demás decidieron apartarse para lamerse las heridas y atender a su líder. El ataque del lobo café comenzó e incluso parecía haber ganado más fuerza con el descanso y sin el estorbo de sus compañeros. Sus zarpazos eran más pesados y rápidos acompañados de mordidas, que resonaban incluso sobre el sonido del agua.

Taív se movía con agilidad pero algunos ataques impactaban, abriéndole nuevas heridas o

aggravando las que ya tenía. Su pelaje era más oscuro de lo normal y en su rostro se notaba el cansancio, ya no devolvía los golpes, simplemente se limitaba a no ser lastimado. Iban de un lado a otro, el pelo se desprendía y flotaba como una nube, el aire se cargó del olor a sangre y saliva que bañaba la hierba como la brisa de la cascada.

En un momento, a Taív se le ennegreció la vista; todo desapareció por un instante. Por fortuna Elek no aprovechó ese momento. El lobo cenizo se sintió frustrado, a punto de morir y con su objetivo tan lejos; parecía imposible acercarse a Tok mientras el café lo atacara. Entonces sintió un ardor terrible en el hocico y cayó de bruces. La sangre le manaba como un río, se la saboreó; luego vomitó un líquido transparente. Respirar se volvía difícil, sus heridas quemaban y sus tripas parecían estar a punto de salir. Pero no perdió de vista a su enemigo quien se acercaba tranquilo, seguro de que con un golpe sería suficiente. Taív también lo sabía. Entonces miró a Tok, éste apenas podía sostenerse en pie, tenía la cabeza abajo con las patas bien abiertas y también parecía haber vomitado. Aún así caminó hasta ellos y se puso a la par de Elek.

—Te recuerdo, sé por qué estás aquí —dijo a Taív—. No te dejaré vivo esta vez.

Con el resguardo del lobo café. Tok pisó el estómago de Taív, abrió las fauces colocándolas en el cuello de su rival, que no reaccionaba, un movimiento sería suficiente. La sangre de ambos se mezcló mojando al cenizo. Taív sintió los colmillos perforando despacio su carne, el aliento del blanco le llegaba en una cálida ventisca, su vista era borrosa y su cuerpo entumecido ya no le respondía. Pensó en Ajval, en Akubal, en la manada, e incluso en Bij. “Ojalá que él pueda terminar con la tarea”, se dijo a sí mismo.

En ese momento un aullido sonó fuerte, haciendo que un cuervo se alejara graznando. Luego unos lobos chillaron. Eso distrajo a Tok y aflojó la mordida. Taív pareció despertar con el llamado familiar. Sin pensar en nada, su instinto lo hizo levantarse lo suficiente para asestar una tremenda mordida al cuello de Tok; para él, ya todo sería demasiado tarde, soltó un leve gruñido hasta que su garganta fue destrozada. Luego cayó con todo el peso de su cuerpo inerte sobre Taív.

Taív sintió como se le cortaba la respiración, poco a poco su oído captaba los ruidos de una batalla. Escuchó a varios caer y a otros huir, gi-

miendo de terror. Pero su mente no podía procesar qué sucedía. Su hocico estaba reseco, sentía frío y su oído se centró en la caída del agua, casi pudo palpar su sabor fresco en la lengua. Entonces algo lo liberó del sofocante peso de Tok, escuchó su nombre y con esfuerzo pudo observar a un lobo negro frente a él, le olfateaba como otros hocicos lo hacían con el resto de su cuerpo. No sabía quiénes eran.

—Taív, vamos, levántate —decía la voz, le parecía familiar pero no daba con el recuerdo.

Sintió el dolor de sus heridas calmarse por unas lamidas, era un alivio temporal pues apenas se detenían el sufrimiento regresaba más fuerte. Intentó hablarles, darles las gracias pero no pudo emitir ningún sonido.

—Taív, Tok murió. Ya puedes regresar con tu manada —dijo otra voz, más pequeña y aguda que el resto. Los demás también le hablaban; se preguntó cuántos eran. Fijó su mirada en la luna, movió el hocico pero ni siquiera él estuvo seguro si dijo algo.

Akubal y los demás lo vieron, intentaron oírlo pero fue inútil. Se miraban unos a otros dándose cuenta de la gravedad de sus heridas. Cuando los ojos de Taív perdieron brillo supieron que nada podían hacer, gimotearon y aullaron largamente,

incluido Bij, que lloraba desconsoladamente. Al poco tiempo, aullidos lejanos desde todas partes de las montañas se unieron a su coro y fue un canto lúgubre que duró casi toda la noche. A pocas horas del amanecer, los lobos se despidieron de su hermano muerto y regresaron a su guarida con el ánimo destrozado.

En sus últimos momentos, Taív alcanzó a ver a Ajval caminando delante de él, en un campo interminable. Escuchó el llamado lejano de otros lobos, no supo quiénes eran pero le sonaba tan familiar que pensó en sus antepasados. Siguió a su padre y contestó con un largo aullido, profundo, lleno de serenidad que resonó en los bosques, en los ríos, en las montañas como una brisa. Una vez solo bajo la cascada, igual que las briznas de hierba, su pelaje fue cubierto por una helada grisácea.

La helada en las montañas,
de Sergio Méndez, se terminó de imprimir en los Talleres
Gráficos de la Benemérita Universidad Autónoma
de Chiapas en junio de 2026. Los interiores se tiraron
en papel bond de 90 gr y los forros en cartulina
couché de 110 gr. En su composición
se utilizó la familia Bell MT.

